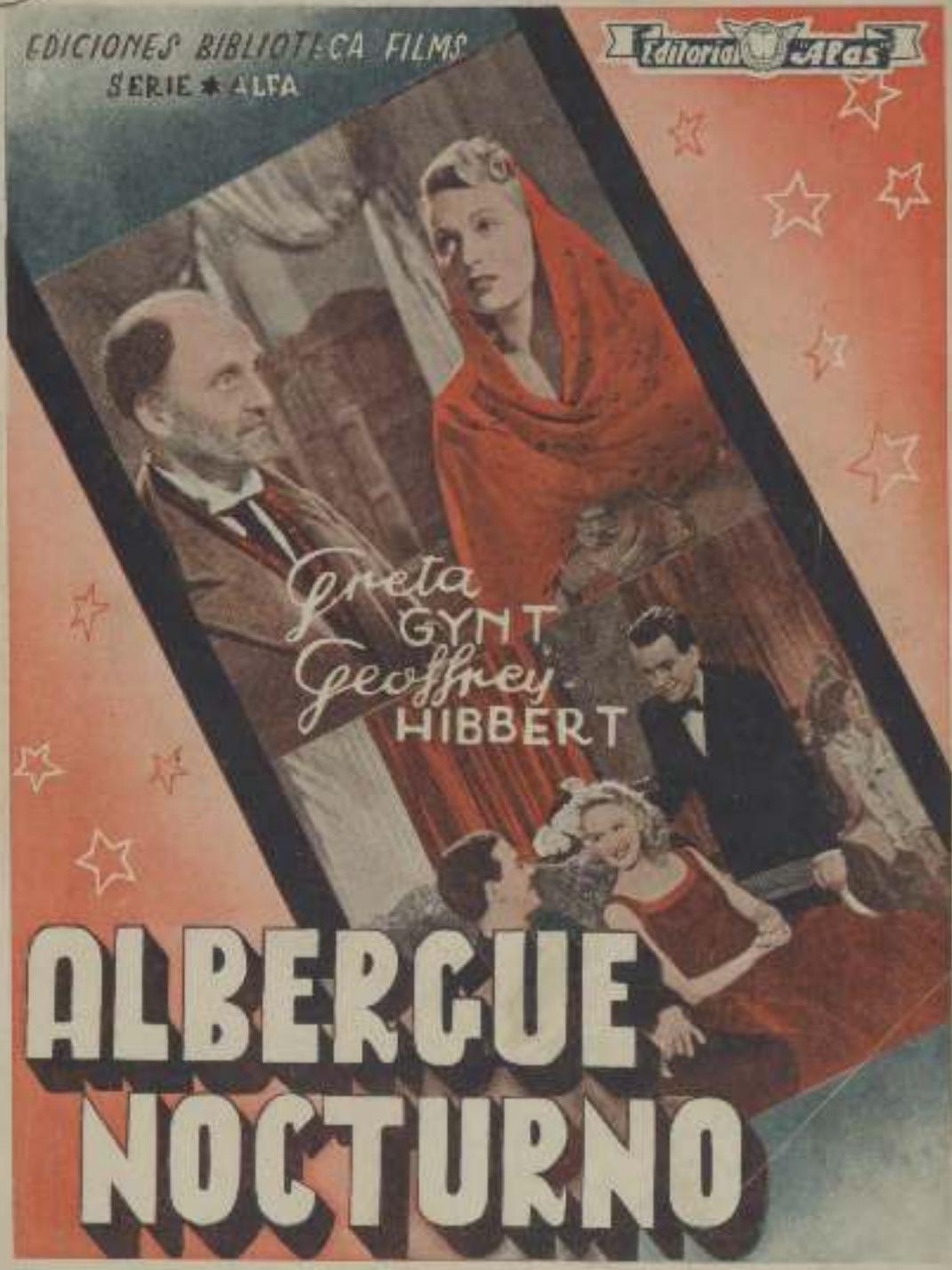


794

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE * ALFA

Editorial ALFA

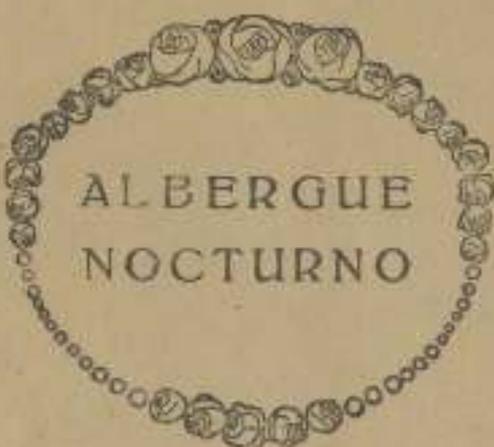


Greta
GYNT
Geoffrey
HIBBERT

ALBERGUE NOCTURNO

Jose de Batlle y Garza

1764



ALBERGUE
NOCTURNO

José de Batlle y vaquero



Reservados los derechos de
extensión y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA-FILMS

Director PRINCIPAL: RAMÓN SALA VERDAGUER
Director LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES,
Valencia, 234 - Aguacile de Carroa 707 - Tel. 20057 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Richard, 16, Barcelona -

EDITORIAL
AOS

Publicación semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA
NUM. 7

NUM. 303

ALBERGUE NOCTURNO

En sentidas y emocionantes escenas, el autor de ALBERGUE NOCTURNO nos da a comprender que el corazón humano está siempre dispuesto al bien. Únicamente tiene que encontrar la ocasión, como sucede en esta narración, para hacernos ver que los opulentos, los banqueros, sienten también las inquietudes de los menesterosos

Basada en una obra de C. G. H. AYRES

Presentada en España por

EXCLUSIVAS **Excelsa, S. A.**
CINEMATOGRAFICAS

Aragón, 271, entr. BARCELONA Teléfono 82441

INTÉRPRETES PRINCIPALES

Sylvia Meadows . . . GRETH GYN
Peter Henderson . . . GEOFFREY HIBBERT
Mary Weatherby . . . Joyce Howard
Abogado Lincoln . . . Harry Welchman
Charles George Carney
Tinta Elliot Macheum

Producción:

Gaumont British

Director:

Jonh Baxter

Narración literaria de la novela
MANUEL NIETO GALAN

ALBERGUE NOCTURNO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

EL ÚLTIMO PARTIDO

AQUEL año, la afluencia de público para presenciar el emocionante partido de cricket que se celebraba en el campo de deportes de la Universidad de Oxford, era verdaderamente imponente. No eran tan sólo los alumnos los que ocupaban las localidades, sino que habían acudido a aquel encuentro, como en muchos años anteriores, los padres de los jugadores y las familias que habían sido invitadas por éstos.

El campo, en general, presentaba un aspecto magnífico. Ni un solo asiento quedaba vacío, y los jugadores respondían a aquella expectación empleándose a fondo y dando de sí todas sus posibilidades. Era un encuentro verdaderamente emocionante, y los espectadores aposta-

ban por uno u otro bando con una afición y una fe de verdaderos amantes de aquel juego.

En una de las tribunas había un matrimonio que acompañaba a su chico, el cual por su edad aun no había podido tomar parte en ningún partido; pero, no obstante, sentía la afición a aquel deporte, expresándolo con exclamaciones que a veces llamaban la atención de sus padres.

—¡Diecisiete puntos más y ganamos el partido!— exclamó de pronto el pequeño, a una jugada de su equipo favorito—. A Henderson le faltan solamente tres para llegar a cincuenta.

—Ojalá consiga hacerlos pronto— exclamó la madre, contagiada por el entusiasmo de su hijo—. Sería

estupendo. Aunque yo creo que no es justo que tantos jugadores se enfrenten contra uno solo.

—Tú no entiendes el juego, mamá—le replicó el muchacho.

—Cállate y observa el partido—le dijo el padre, que seguía con vivo interés las incidencias del juego... Es interesantísimo.

—El viejo Parkins—continuó el pequeño, a pesar de la observación paterna—dice que Pedro Henderson es uno de los mejores jugadores que ha hablado en el colegio... ¡Lástima que se vaya mañana!

—¿Y por qué razón se marcha antes de terminar el curso?—preguntó extrañada su madre.

—Porque sus padres murieron en un naufragio hace ya bastante tiempo, y, según el testamento de su padre, Pedro tiene que ponerse al frente de sus negocios al cumplir los dieciocho años.

—¿Dieciocho años?—preguntó extrañada su madre—. A esa edad no se pueden asumir tantas responsabilidades.

—Es imposible que un muchacho de su edad pueda dirigir uno de los negocios más importantes de la ciudad—comentó su padre, que sabía de sobras la amplitud de los negocios que abarcaba la firma Henderson.

El muchacho no comprendía tam-

poco todas aquellas dificultades de que sus padres hablaban; pero así y todo comentó por su parte:

—Claro que debe ser muy difícil; pero no crea que él encuentre muchas dificultades. Pensad que él ha sido capitán del equipo del colegio durante un año, y en todo ese tiempo ya habrá aprendido a mandar.

El muchacho, en su escasa edad, creía que era lo mismo mandar un equipo de deportes que manejar todos aquellos grandes intereses que de la noche a la mañana se veían sometidos a su criterio y talento.

—¡Pobre muchacho!—se lamentó la madre—. A su edad y verse ya metido en esos quehaceres.

Y, en efecto, era tal y como lo había dicho el pequeño escolar. Pedro Henderson, huérfano de un gran millonario, se veía de pronto al frente del negocio más importante que existía en Londres.

Otro muchacho se habría amilanado o sentido miedo por la responsabilidad que se le venía encima, pero Pedro, no. A su edad era un joven que había demostrado en todas las ocasiones poseer un talento extraordinario, una tenacidad férrea y, sobre todo, una intuición tan extraordinaria, que en muchas ocasiones había llamado poderosamente la atención de sus profesores. Sus

objecciones sobre cualquier tema que se desarrollaba en las clases merecían la atención de los maestros, quienes admiraban su capacidad mental y su fácil discernimiento.

A pesar de su aspecto añejado y de su aparente timidez, Pedro Henderson era todo un carácter enérgico y dispuesto siempre a pensar las cosas antes de tomar una relativa resolución definitiva.

Cuando supo el testamento de su padre, se hizo interiormente el propósito de cumplir su última voluntad lo mejor que pudiera. Estaba dispuesto a abandonar aquella vida alegre de estudiante y dedicarse por completo a la seriedad de los negocios. Había estudiado profundamente lo que aquello significaba; pero los inconvenientes que se le ofrecían, en vez de amilanarlo, sirvieron para hacer más fuerte su resolución y su deseo de vencerlos. Cualquiera que hubiera conocido a su padre, hombre de una serenidad extraordinaria ante los más graves problemas que se le presentaban en el desarrollo de su extenso negocio, y hubiera conocido a su hijo, no habría dudado en calificar sus caracteres idénticos. Pedro Henderson no desmentía el apellido que llevaba, y pronto tendría que demostrarlo ante quienes le creían un niño incapaz de asumir aquella dirección.

Aquella tarde, cuando, después del partido, todos se hallaban alegremente merendando y discutiendo las incidencias del juego, Perkins, el antiguo camarero que conocía más de tres generaciones de estudiantes, al ser preguntado por uno de los estudiantes qué le había parecido el juego desarrollado por Henderson, aquél respondió, guiado por la experiencia de sus años:

—Pues, señor, yo opino lo siguiente: Esta tarde, nuestro joven amigo ha jugado un buen partido, pero mañana tendrá que enfrentarse con la realidad de la vida, y la vida es el juego más difícil de todos. No siempre es fácil encajar sus golpes, ni conservar la rectitud y la honradez, máxima si tenemos en cuenta que siempre hay alguien dispuesto a aprovecharse de nuestras flaquezas. Por lo tanto, yo creo que el señor Henderson aprenderá mucho más en seis meses de lucha con la vida que en veinte años de Universidad.

Todos los estudiantes oían callados las palabras del viejo camarero, a quien querían como un viejo amigo, y Perkins continuó diciéndoles:

—Si puede hacer frente a todos sus embates, nos sentiremos tan orgullosos de sus triunfos como si hubiera alcanzado la más alta graduación en sus estudios académicos.

El más impresionado por aquellas palabras era Pedro Henderson. Interiormente comprendía cuánta razón tenía el viejo camarero al hablar de aquella forma, y de sobras sabía él que, a poco que claudicase, la victoria sería de los otros y la derrota la suya.

Terminó la fiesta de aquel día; los estudiantes fueron separándose

por grupos, y Pedro Henderson fué despidiéndose de cada uno de sus compañeros, ya que al día siguiente, muy de mañana, tenía que emprender el viaje hacia Londres, hacia aquella capital que abría sus brazos como tentáculos y en los cuales se vería pronto aprisionado y luchando para defenderse de ellos.

LA PRIMERA PRESENTACION

MUELLEMENTE recostado sobre los divanes del coche cama que lo conducía hacia Londres, Pedro Henderson iba reflexionando sobre la vida que acababa de dejar y la que le esperaba. Durante aquellas horas de soledad, Pedro podía pensar detenidamente en todo lo que le ocurría. Se encontraba solo, sin un viejo amigo que con su experiencia le pudiera guiar, y se daba cuenta de que él solo tendría que resolver cuantos problemas le presentasen, más con su intuición que con su conocimiento de ellos. Cerró los ojos un instante, concentrándose en sí mismo, y oyó como una voz muy lejana que le decía estas máximas: Si sabes guardar tu modestia viviendo entre reyes,

si sabes vencer los engaños de falsos amigos,
 si sirves al hombre, cuidando que no te avasalle,
 si logras que cada minuto te rinda un provecho,
 será tuyo el mundo y tuya la gloria,
 serás todo un hombre, serás inventor.
 [cible.

Y cuando abrió los ojos, cuando aun sonaban en sus oídos aquellas proféticas palabras, se dió cuenta de que había llegado a la estación.

El tren había detenido su marcha; y la algarabía de las grandes estaciones ensordecía a cuantos se hallaban en los andenes.

Un criado que había ido a recibirle se hizo cargo del equipaje del joven Henderson, acompañado de él, se dirigió al hermoso coche que lo

esperaba para conducirlo a su casa.

La mansión de Pedro Henderson era una de las más lujosas de la capital. Sus padres le habían construido para ellos mismos con todo el lujo de detalles, y aquel inmenso caserón parecía ahora completamente desierto. Cuando Pedro entró en él, le pareció que todo era extraño. ¿Era posible que él hubiera pasado allí su infancia? Recordó a sus padres, y un doloroso sentimiento hizo que sus ojos se humedecieran por el recuerdo de los seres queridos a quienes ya no volvería a ver más.

De estas tristes ideas le sacó la presencia de Hayward, el viejo mayordomo que le había visto nacer y que le profesaba un cariño extraordinario. Para él, Pedro era el pequeño Henderson, con quien tantas veces había jugado, si bien, como único señor, en la actualidad le guardaba todos los respetos y consideraciones, olvidándose de los tiempos pasados para no pensar en otra cosa que en el presente. Por eso, al verlo, contó sus impetus de ir a abrazarlo y le dijo respetuosamente:

—Hoy es un gran día para nosotros, señor.

Pedro, que aun estaba bajo la impresión producida en él por su llegada a la antigua mansión, respondió sin darse cuenta:

—¿Para nosotros?... ¡Ah, sí! Se lo agradezco, Hayward.

Entregó el sombrero y el abrigo al mayordomo y, guiado por él, fué a sus habitaciones, mientras le preguntaba:

—¿Ha traído buen viaje el señor?

—Sí, bastante bueno—respondió Pedro—. Y por aquí, ¿todos están bien?

—Perfectamente, señor. ¿Desea cambiarse de ropa?

—Sí, Hayward. Me preparas el baño y me cambiaré de ropa. Esta misma mañana tengo que asistir al Consejo de Administración. Es imprescindible mi presencia.

Y cuando, dos horas después, Pedro Henderson salía de su casa para dirigirse donde se hallaban las oficinas, el viejo mayordomo le despidió diciéndole:

—Perdone usted la libertad, señor, pero me permito desearle un gran éxito en su nueva carrera.

—Gracias—le respondió un poco emocionado Pedro, seguro de que era sincero el deseo del mayordomo.

Al cruzar ante un enorme espejo que había en el salón, sonrió al verme y se volvió al mayordomo diciéndole:

—Hayward, si fuera usted un extraño y me encontrase por la calle, vestido con esta seriedad, ¿por quién me tomaría?

—Por un verdadero hombre de

negocios y muy influyente además, se lo aseguro. Quizás sea una ilusión mía, pero esta mañana me parece usted mucho mayor de lo que es, señor.

—¿Qué edad represento así?

—Pues lo menos veinte años —respondió el mayordomo.

—¡Veinte años! —suspiró con tristeza Pedro—. Bien... Me marcho. No quiero llegar tarde a mi oficina.

—El coche espera, señor.

Y el mismo mayordomo le acompañó hasta el coche que le condujo al enorme edificio que servía para las oficinas de la Compañía Henderson. Al bajar de él, el lacayo le preguntó:

—¿A qué hora desea el señor que venga a buscarle esta tarde?

Verdaderamente, lo era difícil precisar la hora. ¿Qué sabía él lo que duraría aquel Consejo, ni lo que era siquiera? Ante aquella duda respondió:

—Pues... no lo sé... ¿A qué hora le parece a usted oportuna?

—Yo creo, señor, que lo más oportuno es que aguardemos a que el señor llame a Hayward y venir a recogerle inmediatamente.

—Gracias, Stokes; creo que tienes razón —respondió el joven—. Haz lo que has dicho.

Entró en las oficinas y se encón-

tró con un ordenanza en el momento en que iba a tomar el ascensor. Aquél le detuvo con el gesto autoritario de todos los grandes porteros y le preguntó:

—¿Qué desea?

—Desearía hablar con los directores.

—Imposible, señor —respondió el portero—; ahora están reunidos.

Pedro Henderson, sin alterarse por la respuesta del portero, siguió diciéndole amablemente:

—Es que creo que esperan mi llegada.

—Me parece que está usted equivocado —respondió nuevamente el portero—. Han sido anuladas todas las visitas que había para hoy. Está a punto de llegar el nuevo jefe.

—Es... que... el nuevo jefe... soy yo —replicó Henderson.

El portero se quedó aturdido. No sabía cómo disculparse, y respondió verdaderamente turbado.

—Le pido mil perdones, señor Henderson... La verdad, yo no esperaba...

—Lo sé —le interrumpió Pedro—. Usted no esperaba un jefe tan joven, ¿verdad?

El pobre portero no sabía qué decir. Indudablemente, Henderson le había adivinado el pensamiento, pero se guardó mucho de expresarlo.

Por fin llegaron adonde estaban reunidos los directores; y el que se había hecho cargo de la dirección general desde la muerte del padre de Pedro, salió a recibirle diciéndole:

—Me complace en darle la bienvenida, señor Henderson.

—Muchas gracias, señor Cartwright—respondió Henderson, entregando su sombrero al ordenanza—. ¿Acaso he venido con algún retraso?

—No, de ninguna manera—respondió Cartwright—. Todo es de pura fórmula hoy.

Este señor procuraba quitarle importancia a la reunión. Había adivinado un medio para poderse apoderar él de la dirección general en vista de la poca edad de Pedro y procuraba ganarse su confianza desde el primer instante.

—¿Entonces...?—preguntó Henderson.

—Cuando usted quiera. Podemos pasar a la sala de Consejo y tendré el honor de presentarle a algunos de mis codirectores.

Henderson siguió a Cartwright y éste le fué presentando a los que se hallaban esperando, diciéndole:

—Tengo el gusto de presentarle a los directores de nuestras sucursales que han querido ofrecerle sus respetos como jefe de la casa.

—Señores—les dijo Pedro, ocupando el lugar presidencial—, es para mí un gran placer el conocerles a ustedes. Sé que todos han contribuido con su esfuerzo a la labor de mi difunto padre y no puedo por menos que agradecerseles.

Entonces fué cuando Cartwright tomó uso de la palabra. Quería ser él el que dirigiera aquella reunión para irle quitando autoridad al joven Henderson y comenzó su discurso diciendo:

—Señores. Estoy seguro de interpretar sus sentimientos al decir que éste es un día feliz para nosotros, pero no deja de tener ciertos matices de tristeza. La entrada del joven Pedro Henderson en esta compañía no puede menos que recordarme a nuestro difunto jefe, cuya pérdida todos lamentamos profundamente. Durante el tiempo transcurrido desde la muerte de su difunto padre, ha habido varios asuntos importantes que han sido resueltos felizmente por nosotros. Por lo tanto, en lo sucesivo haremos cuanto nos sea posible para ahorrarle todas las molestias y preocupaciones propias de su cargo. Creo poder asegurarle que los asuntos difíciles estarán en manos de hombres de confianza y que puede usted vivir tranquilo, que todo se desarrollará normalmente.

Pedro comprendió en seguida lo que pretendía aquel hombre. Indudablemente sus palabras tendían a instarle a que dejase el negocio en sus manos y que él se apartase de él. Adivinó la astucia de aquel individuo y nació en él cierta desconfianza. Pero sin demostrárselo y queriéndole fingir un agradecimiento grande respondió:

—Señor Cartwright, señores aquí presentes. Les agradezco mucho su amable acogida... y... aprecio su ofrecimiento encaminado a simplificar mi trabajo. Sin embargo, mi padre expresó claramente su voluntad respecto a mis deberes, y en atención a sus instrucciones pienso asistir a todas las reuniones del Consejo de Administración, y...

Cartwright, al ver el rumbo que tomaba la confianza que él había solicitado del nuevo jefe se apresuró a decir interrumpiéndole:

—¡Oh!, por supuesto... Será para nosotros un honor gozar de su presencia todos los viernes.

—Gracias —respondió enérgicamente Pedro—, pero es que no pienso venir únicamente los viernes, sino todos los días.

Los directores y jefes de sucursales se quedaron mirando extrañados al joven Henderson que siguió diciéndoles:

—Quiero estudiar con todo deta-

lle el negocio y ponerme al corriente. Supongo que tendré que hacer algunas preguntas que a ustedes les parecerá tontas, pero estoy seguro que si ustedes me prestan su ayuda y tienen un poco de paciencia, en poco tiempo podré aprender mucho.

A Cartwright no le hacía ninguna gracia aquella decisión. El se había hecho ya a la idea de ser el nuevo jefe y tener bajo su custodia, como quien dice, a Pedro, y el propósito de éste echaban por tierra todas sus esperanzas. Por lo mismo, sin atreverse a contradecirle concretamente respondió:

—Sí, claro que aprenderá usted... Aunque en realidad no es necesario que...

—Yo creo que sí—insistió Pedro de una forma que no admitía discusión—. Lo he pensado con mucho detenimiento y he decidido que para cumplir con lo que considero mi deber tengo que empezar lo más pronto posible imponiéndome a mí mismo la más rígida disciplina. Y ahora le ruego, si es que no tenemos otros asuntos de que tratar, que me acompañe al despacho de mi padre, para instalarme en él.

Cartwright le miró sorprendido ante aquella petición. El ya se había instalado en dicho despacho, dando por descontado que ocupa-

ría el puesto que había dejado vacante el señor Henderson y exclamó:

—¿El despacho de su padre?

—Sí, el mismo—insistió Pedro.

—Le advierto que es muy poco cómodo... Seguramente no le gustará... Tal vez si le designáramos otros...

—No, no—respondió Pedro—. A pesar de todo tendré que aceptarlo tal como es, ya que todos mis antepasados lo han utilizado... ¡Qué más quisiera yo que merecer el puesto que me legaron!

—Sí... claro—respondió Cartwright—, estoy seguro de que lo merecerá. Voy en un momento a dar las instrucciones para que lo pongan en orden.

Y antes de que pudiera entrar Pedro, entró él en el despacho y le ordenó de mal humor a su secretaria:

—Señorita, recoja todos mis pa-

peles... Nos trasladamos a mi antiguo despacho.

—¡Pero si acabamos de instalarnos aquí!—contestó extrañada la muchacha, ajena a lo que le había ordenado el nuevo jefe.

—Exacto—respondió el jefe—pero son órdenes superiores... El joven Henderson lo necesita para aprender el abecedario del negocio.

Y con toda la precipitación que merecía el caso el despacho fué desocupado inmediatamente para que Pedro Henderson pudiera instalarse en él y empezar su aprendizaje, como él decía, del negocio.

Entre los ex gerentes de las sucursales, la actitud decidida de Pedro produjo el mejor efecto. Todos advertían en él el mismo carácter enérgico de su padre y estaban seguros de que en manos del nuevo jefe el negocio seguiría la misma marcha que hasta entonces había llevado.

LA ENERGÍA DE PEDRO HENDERSON

COMO había dicho, desde aquel día el joven Henderson no dejó uno solo de acudir a su despacho. Requirió a todas las secciones los informes que él creía necesarios para poderse informar bien de la marcha del negocio y al cabo de los quince días no había asunto que él no estuviese al corriente de qué se trataba.

El único que cada día estaba más frenético con aquel proceder era Cartwrightt, que veía la imposibilidad de hacer lo que él hubiera querido. La tenacidad y la insistencia del nuevo jefe de que le fuesen consultados todos los asuntos lo imposibilitaba para poder proseguir ciertos negocios que él había creído po-

sible realizar a espaldas de la compañía y conseguir con ellos pingües beneficios que habrían ido a engrosar su caja particular. En varias ocasiones intentó soslayar algunos asuntos a la vigilancia de Pedro, pero a los dos o tres días éste pedía inmediatamente aquel expediente y con una amabilidad extraordinaria repetía siempre la misma frase:

—«Quiero que se me informe de todo»... «Quiero estar al corriente de todos los asuntos.»

Y de esta forma Pedro Henderson se iba informando de todo lo que era el negocio, con gran descontento por parte de Cartwrightt, que se iba dando cuenta de lo imposible que era el poder maniobrar por su cuenta, sin la intervención

del nuevo jefe, a quien él en un principio apenas si le dió importancia.

Entre los muchos negocios sucios que tenía Cartwright había uno que era de gran importancia para él. Se trataba del derribo de una casa en un barrio apartado de la ciudad. Todo el mundo conocía la casa en cuestión por el nombre de la casa Charles. Allí se reunían por la noche todos los pobres sin hogar, que por un precio muy módico podían dormir y cenar algo. En dicha casa no se admitía gente maleante, era sencillamente una especie de refugio, y éste era precisamente lo que Cartwright quería derribar para edificar un nuevo edificio con lo cual él salía ganancioso, puesto que proponía a la compañía la venta de aquellos terrenos, para comprarlo él por otra parte.

Desde hacía días el astuto director ofrecía a Pedro la realización de aquel proyecto y le instaba para que diese su conformidad firmando el acuerdo. Por una intuición extraña, Henderson no veía claro aquel asunto y dilataba su firma deseando conocer el asunto a fondo antes de resolverlo totalmente. Había oído hablar mucho de la casa de Charles, pero no sabía lo que representaba para todos aquellos desgraciados.

Desde hacía días le preocupaba este asunto, y una tarde a la hora de tomar el té, cuando estaba solo en la terraza de su casa, le dijo a Haynard, que le servía:

—Oiga, Haynard.

—Diga, señor—preguntó solícito el mayordomo.

—¿Sabe usted dónde está la calle Plaver?

—Ya lo creo, señor—respondió el mayordomo—. Precisamente tengo un pariente que vive por allí.

—¿Y conoce usted los edificios situados en esa calle?—volvió a preguntar Pedro.

—¿Las casas que van a derribar?

—¿Cómo sabe usted que van a derribarlas?

—Porque a veces, sin querer, se entera uno de muchas cosas. Voy a ver si consigo recordar lo que hay allí... ¡Ah!, sí, allí está la casa de Charles.

—¿Y qué es eso de Charles?

El mayordomo se le quedó mirando algo extrañado y al fin exclamó:

—¿Pero es posible que no lo sepa?

—Si lo supiese no se lo preguntaría.

—Pues Charles es una especie de posada... No hay otra cosa igual en toda la ciudad, se lo aseguro, señor.

—Bien, pero ¿qué es? ¿café cati-

tante?... ¿cabaret?... En una palabra, ¿qué es?—Inquirió Pedro Henderson.

—Nada de café cantante, ni nada que se le parezca, señor—respondió el sirviente—. Es un lugar mucho más serio, un punto de reunión.

—¿Acaso un club?—preguntó Pedro.

—No, no señor. No sé cómo podré describir para que usted lo comprenda.

—Ya comprendo, una cervecería o taberna, ¿no es cierto?

—No, señor—insistió el sirviente—. Voy a tratar de explicarme para ver si el señor me comprende. Es un lugar donde se halla uno como en su propia casa, que sirve para cobijar a muchos desgraciados.

—Ya comprendo. Un hotel.

—En cierto modo parece eso, pero sin serlo, porque en él se alberga mucha gente. Es un lugar maravilloso... Debería usted verlo antes de que lo derriben.

—Gracias, Hayward, por sus informes—le dijo Henderson.

El sirviente vió el aspecto de cansancio de su joven señor y le propuso:

—¿Por qué no se retira el señor a descansar...? Debe estar muy fatigado.

—Lo estoy, Hayward, pero tengo

que resolver este asunto. Quisiera obrar con estricta rectitud.

—Lo comprendo, señor—respondió el criado.

Pedro Henderson guardó silencio durante unos segundos y después, mirando fijamente a su mayordomo, le dijo, de forma que éste quedó sorprendido:

—¿Podemos hablar de hombre a hombre?

—Si el señor lo juzga oportuno... Claro que sí—replicó tímidamente Hayward.

—Pues siéntese, siéntese y escúcheme—le dijo nuevamente Pedro, indicándole un sillón que había junto a él.

Hayward cumplió la orden que le daba su señor y se dispuso a escuchar lo que iba a decirle.

Henderson, después de unos segundos de meditación, comenzó diciéndole:

—Los gerentes se empeñaron en que firmara cierto documento, pero yo no quise firmarlo porque no comprendía de qué se trataba, aunque trataron de explicármelo... Entonces se enfadaron mucho y me dijeron que con mi terquedad sólo conseguiría estropear un buen negocio. Se trataba del derribo de la casa de Charles y de la venta de esos terrenos...

El criado antes de responder me-

dió su respuesta y al fin le dijo:

—La verdad, señor, es que yo no entiendo mucho de esta clase de negocios, pero si demuestran tanto interés y el asunto no parece claro, yo procuraré informarme. Generalmente es mejor de pecar por exceso de cautela, que por irreflexión en las decisiones, y más en asuntos de tanta importancia, aunque a veces las prisas son justificadas... ¿Puedo decirme el señor qué razones alegan?

—¿Qué sé yo?—exclamó nerviosamente Pedro—. Tienen un criterio tan especial... No coinciden en nada con mis opiniones.

—Pues yo en su lugar—le aconsejó el criado—no pensaría más en ello. Trate de olvidarlo hasta mañana y piense que dentro de poco llegará el señor Whetherby.

—Sí, ya lo sé, pero creo que no

me será posible dedicarle mucho tiempo.

El sirviente tosió varias veces antes de decidirse a hablar y al fin, confiado por la confianza que le había otorgado Pedro le dijo:

—Si todavía estamos hablando de hombre a hombre como hasta ahora, yo le aconsejo que se divierta aprovechando la estancia de su antiguo compañero el señor Whetherby en la ciudad.

Pedro suspiró profundamente, como el hombre que acaba de quitarse un peso de encima y al fin exclamó:

—Tienes razón. Me parece buena idea. Tal vez podré combinar la diversión con el trabajo.

Y sin pensarlo más se preparó para irse con su amigo a uno de los más elegantes restaurantes de la ciudad, donde pasarían la noche alegremente.

UNA COMPAÑIA INESPERADA

ALGUNAS horas después, los dos amigos, Cris Whetherby y Pedro Henderson se hallaban en el restaurante y el primero de ellos miraba a todas partes, hasta que consiguió llamar la atención de Pedro, que le preguntó:

—Parece que buscas a alguien.

—Sí, a mi hermana que debería estar ya aquí.

—No me habías dicho nada que vendría tu hermana—le respondió Henderson.

—Lo siento, chico. Pero mi padre se empeñó en que me acompañara y no he visto forma de evadirme de ella.

—Pues oye, antes de que venga Mary, he de hacerte una pregunta: ¿Quieres que vayamos mañana por

la noche a un sitio que se llama Charles?

—Claro que sí. ¿Por qué no voy a querer?

—Pero con una condición... No se lo digas a nadie. Me parece que no es un lugar muy adecuado para llevar a Mary.

Cris sonrió picarescamente y guiñándole un ojo exclamó:

—¡Ah, se trata de eso!... ¿Hay buenas atracciones?

—Charles no es lo que tú te imaginas—respondió Pedro—. Es solamente un lugar que me interesa conocer.

—Pues iré contigo y cuidado ahora, porque ya está aquí Mary.

En efecto, en aquel instante se acercaba a ellos una joven, casi una niña, de la misma edad aproxima-

damenta que Pedro. Tenía un rostro angelical y su sonrisa era de aquellas que atraen por su encanto y simpatía. Pedro, apenas la vió se sintió profundamente atraído por ella y a la joven le sucedió lo mismo al ver a Henderson. Sin que ninguno de los dos se dijera nada, sus ojos se expresaron la mutua simpatía que se habían inspirado.

Mientras ellos, mudamente se miraban, Cris se acercó a su hermana y la regañó diciéndole:

—Vamos, Mary. Las chicas sois incomprendibles... Queréis verlo todo y no os importa llegar tarde a todos los sitios.

Un camarero se acercó a ellos y los saludó diciéndoles:

—Buenas noches, caballeros. ¿Quieren hacer el favor de seguirme para que les acomode en una buena mesa?

Siguieron al camarero, mientras que Mary, acercándose a Pedro le dijo intencionadamente:

—¿Es aquí donde vienes a descansar de las fatigas que te producen los negocios?... Yo creía que los grandes financieros no podáis perder tiempo en estas diversiones.

—No—respondió con sinceridad Pedro—. La verdad es que no acostumbro a venir.

—No le hagas caso—protestó Cris—. ¿No te das cuenta de que

lo que quiere es enterarse de tus correrías?

—Me parece que exageras la nota—respondió Pedro sonriendo y mirando amorosamente a Mary, que le correspondió con otra mirada que quería decirle que la aceptaba y le correspondía con igual sentimiento.

—Ya verás—siguió diciendo Cris, que era bastante alocado—, espera a que salgamos solos un día y ya verás cómo nos divertiremos de lo lindo.

Mary sintió cierto malestar por aquella proposición de su hermano y se atrevió a decirle, queriendo defender a Pedro, contra algo, que ni ella misma lo sabía.

—No olvides que Pedro es un hombre respetable y no le conviene hacer el calavera, como tú lo haces.

—Os voy a decir la verdad—explicó Pedro, sonriendo al ver cómo discutían los dos hermanos—. Hasta ahora he tenido tanto trabajo que todavía no he podido hacer el calavera.

—No digas tonterías—le dijo su amigo—. Tú eres el jefe de la casa y nadie puede pedirte cuentas... ¡Ah!, y ahora que me acuerdo, mañana es el partido de promoción y nos prometiste asistir a él.

—No sé si podré—respondió Pedro.

—¿Por qué?

—Escucha, Cris—le dijo Henderson—. Hay un asunto muy urgente que no debo abandonar... Ya te lo contaré luego... Mary se aburrirá si empiezo a hablar de negocios, y no la hemos traído aquí para que se aburra.

Mary sonrió, de aquella forma tan angelical que ella tenía y le dijo:

—No te apure Pedro, en casa ya me tienen acostumbrada a ella.

Pero Cris, que era, a pesar de la diferencia de sexo, más curioso que su hermana, le preguntó:

—Vámonos, Pedro, explícate de una vez... ¿Cuál es el misterioso secreto de tu vida?

—Secreto, ninguno. En mi vida no hay secreto alguno y menos aun misterio, pero es algo de lo que ahora no es prudente hablar... Ya te lo contaré en mejor ocasión.

Las luces del restaurante se fueron apagando y los focos se dirigieron hacia una especie de plataforma que hacía de escenario, por donde salían las artistas que actuaban allí. Ahora le tocaba el turno a una de las más célebres bailarinas de la ciudad. Se llamaba Sylvia Meadows y era la artista de moda en aquellos días. No había revista ni periódico que no hablase de ella, de su arte y de su belleza. Todos coincidían en elogiarla, pero ninguno pudo jamás saber de dónde procedía

ni cuál había sido su vida anterior. Parecía como si el pasado de Sylvia estuviera envuelto en un nubuloso misterioso imposible de descifrar. Habían sido muchos que habían intentado saber cuáles habían sido los principios de la admirable artista, pero ninguno de los periodistas que lo intentó logró saber nada. La bailarina lo ocultaba tan cuidadosamente, como el avaro oculta su más rico tesoro.

Apareció Sylvia entre los aplausos de la concurrencia y su belleza, como siempre, levantó un murmullo de admiración entre los que estaban allí. Cris, al verla, no pudo menos que exclamar:

—¡Es maravillosa!... ¿A que no ves mujeres así en tu oficina?

Pedro no respondió. El, lo mismo que Mary, seguían admirando el baile de la genial artista, hasta que por fin terminó y una salva de aplausos premió la labor de Sylvia.

Poco después, la artista, seguida de un joven, se dirigió hacia donde estaba Cris con su hermana y su amigo y el muchacho exclamó entusiasmado:

—Creo que se dirige hacia aquí.

—Te está bien empleado—le dijo Pedro riendo alegremente—. A ver cómo te portas.

Cris se levantó de su asiento, como si fuera a ir al encuentro de la

artista, al mismo tiempo que le decía a Pedro:

—Déjala de mi cuenta. Tú baila con Mary.

—Pero Sylvia pasó junto a ellos sin dirigirles siquiera una mirada y Mary, riéndose de la plancha de su hermano le preguntó burlonamente:

—¿No te ibas?

—¡Qué mala suerte!—exclamó desesperado Cris.

—¿Has visto con quién está?—le preguntó Pedro—. Es Gordon, el jugador de cricket.

—Ya lo sé—respondió Cris—. ¿Te imaginas lo que es ser un «asa» y además cenar con semejante criatura?

Pero la «semejante criatura» y su acompañante, ajenos a lo que de ellos hablaban cenaban tranquilamente, al mismo tiempo que Gordon la elogiaba diciéndole:

—Has estado esta noche admirable. Nunca habías bailado como hoy.

—¿Te ha gustado?—le preguntó ella, halagada por el elogio de Gordon—. ¿Y tú qué has hecho hoy? Supongo que te habrás pasado el día entrenándote. Debes estar muy cansado.

—Un poco—respondió Gordon—pero el cansancio nunca me impedirá venir a admirarte, Sylvia.

—¿No?—preguntó ella zalamen-

ra, advirtiéndose en sus ojos el amor que sentía por Gordon.

—Te lo aseguro. Tú eres lo único que me interesa en el mundo.

—No lo dudo—respondió ella, suspirando con cierta tristeza—, pero ya te he dicho muchas veces que hay un obstáculo que nos separa.

—Eso es precisamente lo que no comprendo—exclamó él—. Nunca me hablas con claridad. Siempre que te hablo de casarnos sale a relucir ese obstáculo misterioso que lo impide... ¿Por qué no me dices cuál es?

Sylvia prefirió cambiar el rumbo de la conversación. Jamás diría a nadie cuál era su misterio ni descubriría el porqué ella huía de casarse con ningún hombre, aun cuando estuviera enamorada como lo estaba de Gordon. Y para impedir que él siguiera pidiéndole explicaciones, le propuso:

—¿Quieres que bailemos?

Se levantaron para dirigirse a la pista y Cris creyó llegado el momento de trabar conversación con ella y le dijo a Pedro:

—He de hacer que me la presenten.

—No lo conseguirás—le dijo Pedro.

—¿Cuánto te apuestas?

—Media corona—le dijo riendo Pedro.

—Aceptado.

Mary tembló por cualquier imprudencia de su hermano y le advirtió nerviosamente:

—Si das un espectáculo, me marcharé.

En aquel momento cruzaban ante ellos la pareja y Cris se levantó interrumpiendo el paso a Gordon y diciéndole:

—Perdóneme, señor. ¿Verdad que es usted Gordon?

—Sí — respondió el jugador —; pero creo que no tengo el gusto de conocerle.

—No, a mí precisamente, no — replicó Cris —, pero según tengo entendido estudió usted en Oxford con mi hermano.

—¿De veras? — preguntó Gordon.

—Sí — siguió diciéndole Cris —, Le he conocido en seguida por una fotografía que me enseñó. Es una foto estupenda en la que aparecen los dos montando sendos triciclos.

—Es curioso — exclamó Gordon.

—Sí. El solía decir que cuando usted se marchó de Oxford cambió por completo.

—Muy bien, muy bien — replicó Gordon, dando a entender que daba por terminada la entrevista —. Su hermano es muy amable y celebro mucho haberle conocido. ¿Y dice usted que fué en Oxford donde nos conocimos?

—Sí, en Oxford — insistió Cris —. ¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque yo no he estudiado nunca allí.

Pedro y Mary, al ver el planchazo de Cris, soltaron la carcajada, mientras que el pobre muchacho se sentaba malhumorado otra vez con ello, exclamando:

—Esta noche no estoy de suerte.

Al llegar a la pista Sylvia, todo el mundo se la quedó mirando, mientras que muchos hombres envidiaban la suerte de Gordon por poder acompañar a aquella extraordinaria mujer, a quien nadie le había conocido ningún amorio.

A esta misma hora y lejos de allí, Cartwright reunía a unos de los gerentes más adictos a él y con quienes esperaba realizar el negocio de los terrenos que ocupaba la casa Charles y les decía:

—Si no andamos con cuidado ese muchacho es capaz de malograr todos nuestros planes.

—¿Qué quiere usted decir? — le preguntó uno de ellos llamado Pettit.

—Se trata del asunto de la calle Plover. Se ha negado a autorizar el derribo de las casas.

—¿Que se ha negado? — preguntó un tal Martin —. ¿Pero si no sabe de qué se trata!

—Exacto — respondió Cartwright.

light—. Por eso dice que quiere averiguar ciertos pormenores. Ahí es-triba nuestra mayor dificultad. El no comprende nuestros métodos. No quiere darse cuenta de que si bien representa un considerable beneficio para nosotros, el negocio es perfectamente legal.

—Ya comprendo— replicó Martín—. Se figura que tratamos de perjudicar a alguien.

—Eso es, pero aun hay algo más grave. El tiempo apremia y hay que dar una solución rápida al asunto. La oferta de Clark está condicionada a que el derribo empiece antes de primero de mes.

—¿Pero usted cree que Henderson sospecha algo?—preguntó Pettits.

—No lo creo. ¿De qué va a sospechar? Se trata de un caso de obstinación, eso es todo. Nunca me tuvo un gran afecto, no sé por qué, pero he advertido que me demuestra cierta antipatía.

—Seguramente será porque no se fía de usted — le dijo crudamente Pettits.

—Pero no se preocupen ustedes. Saldremos con la nuestra por encima de todo.

Pettits no se mostraba muy confiado y, al terminar la reunión, les dijo a sus compañeros:

—Ese muchacho parece mucho más listo de lo que sospechábamos. Es preciso tener mucho cuidado si no queremos que se nos descubra el juego.

Y dispuestos todos a llevar a adelante aquel negocio en el que tan beneficiados iban a salir, se separaron, esperando que al fin conseguirían vencer la tenacidad de Pedro Henderson y que le harían firmar el documento antes de que él pudiera informarse de qué se trataba y de los motivos que inducían a los gerentes a proponerle el derribo de aquellas casas.

LA CASA CHARLES

EN uno de los barrios apartados de la ciudad, entre calles de miserable aspecto, se hallaba enclavada la casa Charles. Aquella casa que era tan popular entre los menesterosos, y donde acudían todos los desvalidos para encontrar un reposo a su cuerpo y poder seguir al día siguiente sus duras tareas para poderse ganar la vida.

Era, como si dijéramos un lugar de recogimiento, donde los pobres encontraban un refugio. No se admitían allí vagabundos, ni nadie que tuviera nada pendiente con la justicia, podía albergarse allí. Jamás la policía entró a hacer una investigación en casa de Charles, y si alguna vez, por casualidad, algún delincuente consiguió entrar, el mismo

Charles lo ponía en la calle o era él el que confirmaba a la policía su estancia allí.

Viejos, desvalidos, artistas fracasados o hombres desengañados de la vida, tenían allí su refugio seguro por poco dinero, y solían pasar las noches en lícitas diversiones.

Nada de esto sabía Pedro Henderson, cuando decidió ir él mismo a aquella casa para informarse personalmente de las causas por las cuales sus gerentes querían derribar toda aquella manzana y vender los terrenos. Y por esto fué por lo que la noche anterior pidió a su amigo que le acompañara en aquella aventura que pensaba correr.

Y, en efecto, cuando la noche extendió la negrura de su manto por toda la ciudad, Pedro y Cris, distra-

zados de pobres muchachos se acercaron a la casa Charles. El aspecto que ofrecía aquel barrio no era, a primera vista, tranquilizador para quienes, como ellos, estaban acostumbrados a los barrios aristocráticos de la ciudad. Así se lo expresó Cris y Pedro le dijo:

—Ayer parecías más decidido.

—Sí, pero yo no sabía cómo era esto... ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo iba a decírtelo?—respondió Pedro—. Esta es la primera vez que vengo aquí. Puedes marcharte si quieres.

—No digas eso—protestó su amigo, casi ofendido—. ¿Crees que podrías llevarlo a cabo sin mi ayuda? Vamos, decidete... ¿Qué hacemos? ¿Entramos?

—Vamos para adentro—dijo Pedro.

Los dos amigos penetraron dentro de la casa Charles y en la misma puerta casi, donde había una especie de mostrador con una ventanilla, vieron a un pobre hombre que hablaba con Charles y que éste le decía:

—No cargues demasiado el estómago.

—No tengas cuidado—respondió el otro.

Se acercó a otro, que guardaba turno y saludó al propietario del establecimiento, diciéndole:

—Buenas noches, Charles.

—¿Qué hay, Ben?—preguntó el dueño.

—Pues ya ve usted, como siempre, aquí estoy otra vez.

—¿Cómo va esa tos?—preguntó Charles.

—Hoy estoy mejor — le dijo Ben—. Parece que he tosido menos que otros días. Tomaré un poquito de té, una rebanada de pan y un poco de mantequilla.

—¿Caramba! — exclamó Charles—. Vaya con el millonario... Parece que hoy se ha dado bien el día.

—No puedo quejarme—respondió el viejo Ben—. Es maravilloso lo que consigue un poco de sol. Todo el mundo se lanza a la calle en busca de sus rayos bienhechores, y hasta parece que la gente no tenga tanta prisa al pasar junto a uno.

Charles le entregó la contraseña y el viejo se despidió de él, diciéndole:

—Gracias. Voy a tomar ahora mi taza de té. Cuando seas tan viejo como yo... pero, no, para qué vas a preocuparte todavía... Adiós, Charles.

Pedro comprendió que ya no tenía más remedio que acercarse a la ventanilla y lo hizo con su amigo, diciéndole a Charles:

—Mi amigo y yo queremos una habitación para pasar la noche.

Charles les miró atentamente y les preguntó:

—¿Sois nuevos aquí?

—Sí, es la primera vez que venimos.

—¿Y no tenéis ningún trabajo? —preguntó Charles—. Porque en mi casa no quiero vagos de ninguna clase... Si os busca la policía, yo mismo se lo diré.

—Pierda cuidado que no tiene nada que temer. Tan sólo deseamos descansar, y por eso le pedimos una habitación para pasar la noche.

—Está bien—terminó diciéndole Charles—. Creo que podré cederos una. Os costará una peseta a cada uno. He tenido que subir los precios. ¿Y cómo estáis de apetito?

—Hemos comido hace un rato —respondió Cris, para que su amigo no pudiera pedir nada de comer allí.

—Sí, tomamos un bocadillo y una taza de té cerca de la estación—afirmó Pedro.

—Entonces no hay más que hablar—respondió Charles—. Id por aquel pasillo y al final encontraréis la sala. Podéis esperar allí. En seguida os enviaré a Tich para que os atienda y podáis acomodaros.

—Gracias—se despidió Pedro. Y cogiendo de un brazo a su amigo, le dijo—: Vamos.

Cruzaron el angosto pasillo que

les había indicado Charles y, al abrir la puerta que comunicaba con la sala que les había indicado, quedaron sorprendidos por el aspecto que aquella ofrecía.

Era una estancia de grandes dimensiones, de techo alto, pero que a pesar de ello la atmósfera que se respiraba era fuerte y densa. El humo del tabaco barato envenenaba aquella estancia, cuya única abertura para que entrara un poco de aire era un ventanuco de rejas de hierro. En la sala se hallaban varias mesas esparcidas por uno y otro lado y en un rincón de ella se divisaba un viejo piano.

Varios hombres sentados, unos alrededor de las mesas y otros formando grupos aparte, formaban la concurrencia de aquella sala. Se oían voces entremezcladas y entre ellas Pedro pudo distinguir la de un hombre que hablaba con otro que leía un periódico y que le decía:

—Cuando termines de leerlo haz el favor de dejármelo.

—Te lo dejaré, pero no cortes nada porque me lo ha prestado uno a quien se lo dejó el comprador.

—Descuida, hombre.

Le entregó el periódico y Pedro siguió con la vista a los demás grupos. En otro de ellos uno de los que lo componían decía a otro:

—¿Qué tal, Harry? Ya me he en-

terado de tu suerte... Creí que estarías alojado en un hotel de primera categoría.

—Es que desde el lunes las cosas han cambiado.

—Me hago perfecto cargo — le dijo el que primeramente le había saludado—. Las mujeres serán tu ruina.

—Yo bien quisiera evitarlo, Joe — le dijo Harry sonriendo—. Pero es que no puedo.

—Pues a tu edad deberías tener más conocimiento — le recomendó Joe.

—Bueno, dejemos eso. La cuestión es que he vuelto. No sabes cuánto echaba de menos tu horrible carota.

Los dos muchachos seguían inspeccionando con cierto temor todo aquello, pero a medida que pasaba el tiempo iban adquiriendo mayor confianza, hasta que por fin se decidieron cruzar la sala y fueron a sentarse junto a Ben. El viejo, al verlos, se les quedó mirando atentamente, hasta que les preguntó:

—¡Hola, jovencitos! ¿No habéis venido nunca por aquí?

—No, señor — respondieron casi al mismo tiempo los dos.

—En peor sitio pudierais haber ido a caer, aunque haya alguien que piense que éste es un sitio malo. Ya sabemos que nunca falta algún sa-

bihondo que quiere saber más que los demás; pero, al fin de cuentas, eso no importa... Mientras que...

Se calló, sin querer continuar, y Pedro le preguntó, casi interrumpiéndole:

—¿Mientras, qué...?

—Pues mientras te queden a uno buenos amigos que no te abandonen nunca. Yo hago juguetes de trapos y luego los vendo; ¿pues sabéis lo que hago muchas veces cuando estoy solo? Pues les hablo durante horas y más horas sin parar, y ellos me entienden o por lo menos lo parece. Algunos creen que estoy loco, pero los locos son ellos y no se dan cuenta.

En esto se les acercó Tich, el criado de quien les había hablado Charles y les preguntó:

—¿Os vais orientando ya?

—Sí — respondió Pedro con entera decisión.

—Es la primera vez que venís aquí, ¿verdad?

—Sí, es la primera vez.

Tich miró fijamente a Cris, que se hallaba algo apartado de él y siguió diciéndole a Pedro:

—Tu amigo parece algo almidonado.

—No le haga caso — respondió Pedro riendo—. Es que fué camarero y aun se acuerda.

Cris, que había oído a Pedro, se

acercó a ellos, y, adoptando una actitud de muchacho callejero, le dijo:

—Tú, a ver si te callas.

—Bueno, no disgustarse—les dijo Tich—. Vamos a lo nuestro. Yo soy el que atiende a la clientela y el que despierta a los huéspedes.

—¿Usted es entonces el despertador?—le dijo, bromeando, Pedro.

—Eso mismo.

—Pues debe dormir poquisimo—le dijo Cris.

—Sí, muchos de los que vienen por aquí tienen que levantarse con el alba. Claro que siempre suelen darme algo por despertarlos... ¿A qué hora queréis que os llame?

Pedro se encogió de hombros, como indicándole que lo mismo le daba a una hora que otra, y le dijo:

—Cuando le parezca.

—¡Ah!—exclamó Tich—¿andéis perdidos? Bueno, el amo me ha enviado para que hablara con vosotros y os preguntara si necesitabais alguna cosa.

—Magnífico — exclamó Cris—. Digale que se lo agradecemos muchísimo.

Tich parecía cada vez más dispuesto a servirles y, antes de conducirles a su habitación, les propuso:

—Tal vez os gustaría dar un vistazo a la casa.

—Claro que sí—respondieron los

dos amigos, puesto que el principal objeto de su visita era enterarse de todo cuanto allí pasaba.

—Pues vamos para allá—les dijo el criado.

El mismo los acompañó a varios departamentos de la casa; hasta que finalmente les hizo entrar en la habitación que les había sido destinada, diciéndoles:

—Los dormitorios están en los pisos de arriba. Aquí están los lavabos, y no olvidéis que tenéis que procuraros una olla y una taza para el té. Claro que si os quedarais varias noches yo os proporcionaría un armario con los utensilios necesarios.

Pero antes de entrar en su habitación les sorprendió varias voces que daban los que estaban reunidos en la sala y la llegada de unos hombres vestidos con unos raros uniformes. Antes de que entraran se oyó una voz más potente que todas, que decía:

—Ahora sí que nos divertiremos. Aquí está Pat.

—Sí—respondió otra—. Y Blanca Nieves y los siete enanitos.

Tich se creyó en el caso de explicarles lo que aquello significaba y les dijo a los dos amigos:

—Ahí tenéis a Pat. Suele trabajar en la vía pública casi cada noche. Se imagina ser Paul White-man... De todos modos no molesta.

Viene a ensayar con sus músicos y de paso distrae a la concurrencia.

Pat entró dando grandes voces y saludando alegremente a todos y últimamente se dirigió a los que le acompañaba y les ordenó:

—Vamos, muchachos, hemos de demostrar a todos éstos que lo hacemos mejor que nadie.

Los músicos empezaron a tocar una pieza dirigida por Pat, mientras que Tich les decía a Pedro y a Cris:

—Lo que más admiro de él es que no se amilana por nada. A pesar de sus muchos tropiezos, siempre vuelvo a levantarse... Y es que con audacia se va a todas partes.

Cuando terminaron de tocar, todos los que se hallaban en la sala, incluso Pedro y Cris, aplaudieron la actuación de la orquesta y Pat se volvió a la concurrencia agradeciéndoles aquellos aplausos y diciéndoles:

—Gracias, señores. Ya sabía que apreciarías la buena música... Mañana iremos a tocar al Palacio a ver si gustamos.

De todos ellos, tan solamente uno protestaba y era porque no le dejaban leer tranquilamente el periódico y acertar cuál sería el caballo ganador del día siguiente. Y, desesperado por los músicos, exclamó cuando éstos terminaron:

—Si esto continúa, tendré que mudarme de casa.

—Tendrás que hacerlo de todos modos—exclamó Charles, que había entrado para oír a Pat.

Todos se volvieron hacia el dueño del establecimiento y éste continuó diciendo:

—Será mejor que os lo diga de una vez. He aguantado cuanto he podido, pero ya no tengo más remedio que cerrar.

—¿De qué estás hablando?—preguntó uno de los albergados— No bromees con las cosas serias. Si tú tierras ¿adónde iremos todos?

—No lo tomes a broma—siguió el dueño—. Según tengo entendido, la compañía propietaria de esta manzana de casas piensa derribarlas. Quieren levantar un edificio moderno para una poderosa Sociedad.

Pedro prestó gran atención a todo aquello. Nada sabía de aquella gran sociedad de que hablaban y estrechó fuertemente la mano de Cris para que pusiera atención a la conversación.

Otros de los concurrentes a la casa de Charles exclamó indignado:

—No pueden hacerlo. ¿Qué pasaría con los inquilinos? ¿Van a ponernos a todos en medio de la calle?

—Ya hace tiempo que avisaron para que se marcharan—siguió diciéndoles Charles—. Aunque estoy

soguro de que no habrá tal reconstrucción, Charles desaparecerá para siempre.

El anciano Ben se lamentó tristemente, diciendo:

—Poco les importa a ellos lo que pueda pasarnos a los viejos. Ahora, que éste es una lección que debéis aprender los jóvenes. Hay que estar prevenidos para el futuro, porque no faltará quien quiera aprovecharse de vuestro descuido y de vuestra ignorancia.

—Déjese de monsergas—le atajó otro de los que allí se albergaban. Y, dirigiéndose a Charles, le preguntó: —¿Y tú no piensas hacer valer tus derechos?

—No creas que no he hecho todo lo que he podido. Intenté convencer al hombre que trajo el aviso y me contestó que obedecía órdenes superiores. El director de la Compañía se negó a escucharme, y yo, por dignidad le mandé a paseo. Ya sé que al final se saldrán con la suya.

—¿Y si pagaras más de alquiler? Tal vez se conformarían.

—No lo creas, Nobby—le respondió Charles—. No ves que han reusado derribar toda la manzana.

Tich había dejado solos a los dos amigos para ir a atender a otros clientes y se acercó a un hombre de unos cincuenta años, a quien saludó, diciéndole:

—Hola, Tintilla.

—Hola, Tich—y al ver a los dos muchachos, le preguntó—: ¿Clientes nuevos?

—No; son un par de transeúntes. Aves de paso.

Pedro se acercó otra vez al criado y le preguntó:

—¿Por qué le llama a ese hombre Tintilla?

—Porque es un tío escribiendo cartas. Sabe hacer todas las letras y, como hay muchos que no saben escribir, él las escribe y cobra por ello.

Un tal Nobby, a quien ya hemos mencionado, se acercó a Tintilla y le pidió que le escribiese una carta. Este, al poco rato terminó de hacerlo, se la leyó y Nobby exclamó extrañado:

—¡Qué pronto has terminado!... ¿Cómo lo puedes hacer tan aprisa.

Tintilla se encogió de hombros y, al ver entrar a un nuevo individuo, se separó de Nobby, diciéndole:

—Ahí está el hombre a quien esperaba.

Nobby miró hacia la dirección que le indicaba Tintilla y exclamó:

—Ah, ¿esperabas a Lincon? Es un picapleitos muy listo. Ha ayudado a muchos a salir de situaciones difíciles.

Tintilla, sin hacer caso de lo que le decía, se acercó al abogado en cuestión y le saludó, diciéndole:

—Hola, Lincon. Temía ya que no vinieras. ¿Te dieron el recado que dejé para tí?

—Sí — respondió el abogado—. Por eso he venido temprano.

Lincon era un hombre extraño. Abogado de profesión, al poco tiempo de ejercer la carrera se había entregado por completo al servicio de los menesterosos y a defender todos aquellos pleitos que implicaban una injusticia. Esto, como es natural, no le había dado ninguna ganancia, pero él no se quejaba y, dejándose llevar por su altruismo, se encargaba de todos aquellos asuntos y de arreglar las más difíciles situaciones entre aquellos desgraciados, que si bien no le pagaban en dinero le pagaban, en cambio, con un afecto sincero que él sabía y comprendía en todo lo que valían. Su aspecto era el de un hombre abandonado en su persona. La barba acusaba varios días sin afeitar y su indumentaria era también vulgarísima, por no decir pobre.

Tintilla le cogió por un brazo al entrar y se lo llevó aparte de los demás, diciéndole:

—Deseario hablar un rato a solas contigo. ¿Quieres que vayamos a aquella mesa?

—Vamos donde tú quieras—le respondió el abogado.

Pedro y Cris seguían todos los

movimientos de aquellos hombres y Cris no pudo menos que exclamar al conocer la profesión de Lincon:

—¡Qué tipo tan raro! Y dijo Nobby que era abogado y muy listo.

—Eso he oído yo también—respondió Pedro—. Indudablemente aquí nos vamos a enterar de cosas muy interesantes.

Tintilla se acercó a una mesa que estaba en un rincón de la sala, hizo sentar junto a ella a Lincon y le dijo:

—Aquí no nos molestará nadie.

Lincon se quitó el viejo sombrero conque se cubría y desabrochándose el gabán le preguntó:

—Bueno, ¿pero por qué tanto secreto? No irás a decirme que has vuelto a las andadas. Recuerda lo que te aconsejé la última vez.

—Y he seguido tu consejo. No tiene nada que ver con aquello, aunque a decir verdad, algo sí tiene que ver.

—Bueno, pues desembucha pronto—le dijo el abogado.

Tintilla sacó un periódico en el que venía la fotografía de Sylvia y le dijo:

—Ante todo, dale una ojeada a esto.

El abogado miró la fotografía y después se quedó mirando a Tintilla, para que le explicase algo, hasta que al fin le dijo:



—¿Usted no esperaba un
jefe tan joven, ¿verdad?



Mary era una deliciosa
chiquilla.



—Tengo el gusto de presentarle a los directores de nuestras sucursales.



Disfrazado de un pobre muchacho.



Eran los artistas que ac-
tuan allí.

— Es la primera vez que
venimos.



—Tú eres lo único que
me interesa en el mundo.



—Ante todo, dale una
ojeada a esto.



—¡Hola, jovencitos. ¿No habéis venido nunca por aquí?

Bromeaban los dos amigos por aquella situación.



—Tu amigo parece algo
almidonado.



—No creo que pueda
hacer gran cosa.

A L B E R G U E N O C T U R N O



— Sospeché que usted no
era lo que representaba.

Se hallaba en el hotel...



—Le hemos encontrado una carta dirigida a usted.



—Desculde usted, jovencito. El asunto está en buenas manos.

—Esta es mi hija.

—¿Tú hija?

—Sí—respondió Tintilla.

—¿Y ella sabe lo que hiciste?

—Ella sólo sabe que me acusaron por falsificación, pero nada más.

El abogado se quedó mirando a Tintilla. Por el rostro de éste pasó una sombra de infinita tristeza y sus ojos aparecieron húmedos por las lágrimas. Lincon comprendió que algo pasaba por el interior de aquel hombre cuya vida conocía él al dedillo y le dijo:

—Tintilla, leo en tu cara que tienes algo muy importante que decirme. Lo que hiciste en el pasado es sólo cosa tuya, pero si hay algo que quisieras reparar y necesitas mi ayuda cuenta conmigo. Pero, en fin, cuántame qué es lo que te pasa.

—En esa fotografía y en lo que dice respecto a Sylvia está toda la historia.

Lincon apartó despectivamente el periódico y exclamó:

—Bah, todo eso no son más que habladurías de los periodistas. Además las relaciones de tu hija con Gordon pueden ser un simple truco de publicidad.

Tintilla movió la cabeza negativamente y con profunda tristeza respondió:

—No lo creo.

—¿No?—preguntó el abogado ex-

trañado— ¿Entonces por qué no se casan?

—Por culpa mía—respondió tristemente.

—Ah, ya entiendo—replicó Lincon.

—Compréndelo, Lincon. Se expondría a verse humillada al decir quién era su padre.

—Escuche—le dijo el abogado— Voy a hacerte una sola pregunta: Tú quieres hacer la felicidad de tu hija por que la quieres mucho, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Si yo consiguiera arreglar este asunto, te verías con ánimos para frenar tus impulsos de padre?

—La quiero mucho, Lincon, la adoro con el resto de los buenos sentimientos que tú has hecho nacer en mí... ¿Es mi hija?... ¿Por qué me apartaría de ella? Ni siquiera debe conocerme... ¿Crees que podrías arreglar tú este asunto?

El abogado guardó silencio durante unos segundos, al fin miró fijamente a Tintilla y le respondió:

—Tal vez encuentre el medio de que os veáis.

—¿Y tendré que ver en sus ojos la vergüenza que le inspiro? No, amigo, no. Antes preferiría no volverla a ver.

—¿Pero tú crees que yo puedo

hacer milagros? ¿Cómo voy a vencerla de tu buena fe?

Tintilla le suplicó con la mirada más que con sus palabras y le dijo:

—Tú has arreglado aquí cosas mucho más difíciles. ¿No podrías hallar una solución a ésta?

—Bien. Ya veremos si se me ocurre algo... Por lo pronto tengo una idea.

—Gracias, amigo— respiró Tintilla.

En aquel punto de la conversación se hallaban cuando los interrumpió Tich, diciendo al abogado:

—Ahora que me acuerdo. Tengo un encargo para usted. Charles me dijo que tenía que hablarle en privado y que pesara por su despacho.

—¿Sabes tú algo de qué se trata?— preguntó Lincoln, que sabía que Tich era el hombre de confianza de Charles.

—Creo que es del contrato del alquiler y del aviso que nos mandaron.

—Está bien. Ahora iré a verla. Pedro se acercó a su amigo y casi en el oído, para que nadie se diera cuenta, le dijo:

—¿Has oído? Tú quédate aquí. Yo voy a ver si puedo enterarme de algo.

—Ten mucho cuidado— le dijo Cris.

—Si me ven, diré que voy a bus-

car cerillas. Y tú mucho ojo con lo que hablas.

Siguió al abogado hasta el despacho de Charles y sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que estaba escuchando oyó decir primeramente al abogado:

—Tich me ha dicho que quería hablarme. Aquí me tiene. ¿De qué se trata?

—Celebro que haya venido— le respondió Charles— Se trata del contrato de arriendo. El gerente de la compañía arrendadora, un tipo que creo que se llama Cartwright, vendrá mañana, con intención de echarnos a la calle. Como he oído decir que es muy astuto, he pensado que tal vez convendría que estuviera usted presente por si trata de enredarme.

—Bien— respondió el abogado—. No creo que pueda hacer gran cosa, pero si quiere que venga cuente conmigo.

—Gracias— le dijo Charles—. Me sentiré más seguro si está usted aquí. Esa gente tiene mucha prisa en desahuciarnos, y no es fácil hallar otro local adecuado, mejor dicho, creo que no lo hay.

—Yo había pensado— le dijo Lincoln— que quizá podríamos obligarles a buscarnos otro alojamiento, pero lo mejor es que me deje usted el contrato y veré si hay algún punto

de apoyo que dé pie a la discusión. De todos modos no debemos confiar mucho... Estos señores no comprenden las necesidades de los pobres... Son algo duros de pelar.

Pedro creyó haber oído bastante. Ya iba dándose cuenta de lo que se trataba y de que su gerente quería a toda costa derribar aquellas casas, sin duda para hacer algún negocio por su cuenta. Volvió otra vez donde estaba su amigo, que al tenerlo a su lado le preguntó:

—¿Has oído algo interesante?

—Bastante. Y desde ahora no puedo desechar la idea de que Cartwright tiene algún interés personal en esto. Mañana vendrá y nosotros hemos de estar presentes.

Por fin entraron en su cuarto y Cris, al ver el lecho, exclamó riendo:

—Si me hubieras dicho que iba a dormir en un lugar como éste...

—No hay que asombrarse de nada—le respondió Pedro—. Te advierto que sin querer desprestigiar el colegio, creo que nuestra educación empieza ahora.

—Siempre has sido igual—respondió filosofando Cris—. Medio mundo ignora cómo vive la otra mitad.

—Esa es una frase muy gastada, Cris, pero no deja de ser verdad. ¡Cuántos males se evitarían si no fuera así!

—¡Oh!—exclamó Cris—. Déjate ahora de sofismas. Padesces el mismo mal que Mary. Yo siempre te digo que es muy joven para pensar en esas cosas. Antes hay que divertirse todo lo posible.

—Pues quizá ésa sea la causa de todo, Cris—le dijo su amigo.

—¿Cuál?

—El que no pensemos en las cosas serias. ¿No te parece que sería admirable que pudiéramos reconstruir esta parte vieja de la ciudad, con amplias avenidas y viviendas saludables?

—Oye, ¿es que no te encuentras bien? ¿Te ha ocurrido algo durante la noche?

—Absolutamente nada, Cris, pero estoy pensando...

Cris se había dormido ya y Pedro optó por lo mismo.

A la mañana siguiente los despertó Tich y les dijo:

—Bueno, muchachos, habéis tenido suerte. En Cornisch necesitan unos cuantos cargadores.

—¿Y qué?—exclamó Cris.

Tich se echó a reír y siguió diciéndoles:

—Ya se ve que sois nuevos en este barrio. Cuando el capataz de Cornisch necesita gente siempre avisa a Charles para que le mande algunos muchachos. Hay dos o tres pe-

setas a ganar, que van muy bien para pagar el alquiler.

—Pues vaya una faenita que nos has buscado—rechazó Cris.

—No empecéis a lamentaros—les dijo Tich—. Si tuvierais otro trabajo no estaríais aquí. Además, si Charles se entera de que pudierais ser unos vagos, os echaría al momento. El que no trabaja no tiene derecho a comer. Este es su lema. Conque andad, a ganar dinero y a ver si dejáis en buen lugar la reputación que aquí tenemos. No perdáis el tiempo, no sea que otro se anticipe.

Los dos amigos, antes que dejarse descubrir, aceptaron el trabajo que se les daba y Cris protestó diciéndole a su amigo:

—Si llego a saber que esta aventura iba a terminar así ...

—Aun estás a tiempo de dejarla—respondió Pedro.

—Ya sabes que soy un buen amigo tuyo y te seguiré adonde sea.

Los dos amigos se estrecharon las manos en señal de aquella amistad y Pedro, a continuación, mientras trabajaban, le dijo a Cris:

—Oye, cada vez me intriga más el interés de Cartwringht en efectuar ese derribo ... ¿Qué motivos tendrá?

—Probablemente creerá que eso es un buen negocio para la compañía. Además, ¿los restantes consejeros no están de su parte?

—Sí—respondió Pedro—, pero estoy seguro de que ignoran qué clase de edificios entran en plan de derribo. Tal vez no saben que perjudican a mucha gente.

—Pues yo en tu lugar—le aconsejó Cris, que no quería pensar en nada serio—me lavaría las manos y no me preocuparía más.

—Eso es lo que quisiera él.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Cartwringht, pero yo estoy decidido a no dejarme dominar por él ni por el Consejo de Administración en pleno.

Como seguían hablando y habían olvidado el trabajo, el capataz se llegó hasta ellos diciéndoles:

—Vamos, ¿en qué estáis pensando? ¿Os figuráis que esto es un sanatorio? Vuestro trabajo está allí. A ver si os movéis un poco. En mi vida he visto gente más perezosa.

UNA VISITA DE CARTWRICHTH

HABIAN terminado el trabajo y todos volvieron a casa de Charles. Pedro vió llegar en aquel momento el coche de su gerente y le dijo a su amigo:

—Es preciso que oigamos lo que hablan.

Se colocaron de forma que sin ser vistos podían percibir toda la conversación y vieron dentro del despacho de Charles, a éste y a Lincon. Poco después entró Cartwright y Charles le saludó diciéndole:

—¿Cómo está usted, señor?

—Hola—respondió el gerente con mal tono—. Tengo mucha prisa; Charles. Acabemos pronto.

Y al ver allí a Lincon exclamó enojado:

—No me parece oportuno hablar ante gente desconocida.

—Este caballero—le dijo Charles—es mi asesor jurídico.

—Pues a mí me parece que no lo necesitamos para nada. Puede marcharse—. Y al ver que Lincon no hacía la menor intención de irse le preguntó:

—¿Qué es lo que espera?

—Estoy aquí—respondió tranquilamente Lincon, sin inmutarse por el tono del gerente—porque Charles me ha requerido. El sabe que conozco las leyes y cree que mi consejo puede serle útil. Mientras él no diga otra cosa me niego a marcharme.

Cartwright miró extrañado a Lincon. No comprendía cómo aquel

hombre se atrevía a hablarle de aquella forma y exclamó indignado, por lo que él creía una insolencia intolerable.

—¿Qué insolente! ¡Si este hombre sigue aquí no podemos continuar hablando!

—No debe tomarlo a mal, señor—exclamó Charles—. Cualquiera decía que tiene usted interés en que yo siga desconociendo mis derechos.

—¿Usted no tiene ningún derecho!—exclamó el gerente—. Se le ha requerido legalmente y si no se marcha cuanto antes, procederemos a su lanzamiento.

—No se ha recibido ningún requerimiento oficial—intervino Lincoln.

Canwright se le quedó mirando y preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted insinuar?

—Pues sencillamente que yo aconsejo a mi cliente que no se marche sin recibir una orden judicial, y entretanto que formule oposición a su demanda, lo cual considero imprecidente en vista de las circunstancias especiales que concurren en el presente caso.

El gerente le miró más que indignado sofocado, porque sabía que aquel hombre llevaba razón. Además, a él no le interesaba la demo-

ra. Precisamente le era preciso dejar aquel asunto zanjado antes de la fecha que le había fijado Clark para realizar el negocio y exclamó:

—Usted no sabe lo que se dice. Ahora ya están avisados. Antes de cuarenta y ocho horas recibirán la orden oficial. Por lo tanto les aconsejo que estén preparados para marcharse.

Y como quien lo lleva el mismo demonio salió de allí, montó en su coche y partió nuevamente hacia el centro de la ciudad.

Cris que había oído, como Pedro, toda la conversación le dijo a éste:

—¿Sabes una cosa?

—¿Cuál?

—Pues que ahora sí que estoy convencido de que no son infundadas tus sospechas. Este hombre debe tramar algo en beneficio suyo.

Pero lo más gracioso del caso es que mientras los dos amigos se informaban de todo aquello y vivían en casa de Charles, Mary les prescribió una mañana en casa de Henderson preguntando al mayordomo:

—¿Puede decirme si se ha levantado ya mi hermano?

—Su hermano no está aquí señorita—respondió el mayordomo.

—¿Que no está aquí?—preguntó ella extrañada.

—No, señorita.

—Pero... si está pasando unos

días con el señor Henderson—exclamó ella.

—Debe usted estar equivocada, señorita—le respondió Hayward—es el señorito Pedro quien está pasando unos días en casa de su hermano... Por lo menos así me lo ha dicho... Hace varios días que no les veo por aquí.

Mary no podía sospechar la verdad. Lo único que pensó, como toda mujer que está enamorada de un hombre y que siente celos, es que los dos estarían divirtiéndose por algún sitio y respondió maliciosamente:

—Ya entiendo... ¡A saber dónde estarán!

—No se preocupe, señorita—le dijo el mayordomo—. Estarán divirtiéndose. Yo mismo me permití aconsejar al señor Henderson que descansara unos días. La verdad es que trabaja demasiado.

—¿Que trabaja demasiado?—preguntó irónicamente Mary.

—Sí, señorita. El señor es muy consciente de sus deberes.

—Eso mismo dice mi hermano, pero convendrá usted conmigo que de todos modos es muy sospechoso y creo que será conveniente vigilarlos.

—Sí, señorita—respondió el mayordomo, sin atreverse a contradecirla—. El señor suele llamar por te-

léfono todos los días. Si la señorita quiere que les de algún recado...

—Sí, dígame a mi hermano que mañana llegarán nuestros primos para pasar unos días con nosotros y que conviene que regrese a casa para ayudarme a entretenerlos.

—Descuide usted, señorita, se lo diré. Aunque creo que pasado mañana tienen que asistir al partido que celebran sus compañeros del colegio y mañana por la noche están invitados a una fiesta en el Majestic.

—¿Lo ve usted? Ya le dije que tendríamos que vigilarlos—respondió la muchacha, marchando hacia la puerta. Pero de pronto se paró y volviéndose al mayordomo que la seguía le preguntó:

—¿Ha dicho usted que irán al Majestic y a un partido?

—Sí, señorita.

—Bien, entonces será mejor que no les diga usted nada. No les dé ningún recado de mi parte.

—Como usted mande, señorita—respondió el mayordomo.

Aquella misma noche, Cris, que ya estaba cansado de la casa de Charles le preguntó a su amigo:

—Oye, ¿qué interés tienes en que estemos tanto tiempo aquí? ¿Por qué no nos vamos ya y le damos una lección a Cartwright?

—Porque todavía han de pasar

muchas cosas — le respondió Pedro—. Además no poseo ninguna prueba contra él. Tengo que andar sobre seguro. No creas que será empresa fácil vencerle. Si al menos pudiera acusarle de algo... Ojalá estuviera aquí Macfarlane.

—Lo más probable es que le disgustaran tus aficiones detectivescas.

—Es verdad—respondió convencido Pedro—. Cuanto haya que hacer lo haremos los dos solos y lo antes posible. Quisiera ver las cosas igual que el viejo Perkins en el colegio. No te acuerdas que decía: «No se preocupe. Haga usted lo que pueda y deje que las cosas sigan su curso. Andando despacio se llega lejos.»

—Bueno—exclamó Cris—, eso estaba bien para el viejo Perkins que nunca tuvo que apresurarse por nada.

Lincon entró en aquel momento y como los había visto otras veces se llegó hasta ellos y los saludó diciéndoles:

—Hola muchachos. ¿Todavía seguís por aquí?

—Sí—respondió Pedro—. Nos ha gustado esto.

—Aquí se aprenden muchas cosas—siguió diciéndoles el abogado—. Existe una diferencia grande entre lo que se aprende con un

maestro y lo que se debe a la propia iniciativa.

Cris lo miraba recelosamente y el abogado siguió diciéndoles:

—¿Han aprendido algo esta tarde?

—¿A qué se refiere?—preguntó Pedro algo intranquilo.

Lincon los miró sonriendo. No comprendía aquel azoramiento de los dos amigos y les dijo:

—Tal vez estoy equivocado, pero parecía usted muy interesado y hasta ansioso, por conocer el resultado de nuestra entrevista con el gerente. ¿Estoy en lo cierto? Yo les vi cerca del despacho mientras hablabamos.

—Pues, la verdad...—empezó diciendo Cris.

—Es que nos disgustaría que cerrasen esta casa—le dijo Pedro, sin dejar que terminara de hablar su amigo, temiendo alguna imprudencia de él.

—¿Luego les interesa el asunto?—preguntó Lincon.

—En cierto modo, claro que sí—volvió a decir Pedro.

Lincon, sin darles más explicaciones se despidió de ellos diciéndoles:

—Pues ya lo saben, si puedo serles de alguna utilidad...

—Muchas gracias—respondió Pedro, dejándole marchar.

—Todo esto es muy misterioso exclamó Cris.

—¿Crees que sospecha algo?— preguntó Pedro.

—Sí, por lo menos así parece.

—Pero si no es posible que nos conozca— comentó Pedro.

—¡Quién sabe!—replicó su amigo—. A lo mejor nos ha visto retratados en «La Jornada Deportiva».

Tintilla se acercó al abogado, al verlo y le preguntó ansiosamente.

—¿Hay alguna noticia?

—No, todavía, no. No seas tan impaciente. Lo que voy a explicarte es un proyecto que tengo.

—¿Cuál es?

—Se trata de que escribas a tu hija, comprometiéndole a no interponerte jamás en su camino con ningún pretexto.

—Sí... no está mal—respondió Tintilla—. Pero ¿cómo puede fiar en mi palabra? La abandoné cuando era muy niña y no sabe de mí más que lo que han querido contarle.

—Por esto quiero que firmes esta declaración en toda regla y de este modo tu promesa tendrá la necesaria validez.

Tintilla aprobó lo que le proponía el abogado diciéndole:

—Bien, lo haré. Pero tú habrás de prometerme a tu vez que se la en-

tregarás en su propia mano. No quiero exponerme a que alguien sorprenda nuestro secreto y arruine para siempre su porvenir.

—No te preocupes—le dijo Lincon—. Yo te aseguro que no tendrás de qué arrepentirte.

—Bueno. Pues manos a la obra.

Lincon sacó un documento que tenía preparado y lo dejó sobre la mesa diciéndole:

—Aquí tengo preparado el documento. Escucha lo que dice: «El abajo firmante, Juan Meadows, mayor de edad y vecino de ésta, por el presente documento, solemnemente declara que renuncia para lo sucesivo a hacerse ver de su hija Sylvia.»

—Está bien—respondió Tintilla firmando el documento que le presentaba Lincon, quien a continuación le dijo:

—No te aseguro que dé resultado, pero de todos modos, nada se pierde con intentarlo. Me pondrá al habla con Oily, y mañana por la noche nos encontraremos en el hotel Majestic. Tú también vendrás.

—¿Yo? ¿Para qué?

—¿No te gustaría ver a tu hija?

—Claro que sí... Pero no habrá peligro de que ella me vea, ¿verdad?

—No tengas miedo, Oily me ha dicho que en el hotel hay un lugar

donde nadie nos molestará y desde el cual se domina por completo el salón de fiestas. También me ha dicho que desde allí podremos ver actuar a tu hija cuando salga.

—Lo que tú digas—terminó diciéndole Tintilla.

—Pues ya lo sabes. Nos encontra-

remos allí, mañana, a las diez en punto.

Se despidieron los dos y Pedro se quedó otra vez pensativo, dándose cuenta del trabajo tan altruista de aquel hombre, que empleaba su talento en beneficio de los desheredados de la fortuna.

UNA SORPRESA PARA TRES

TICH llamó la atención de todos los concurrentes a casa de Charles y les dijo, gritando para que todo el mundo se enterara:

—¡Tengo que daros una gran noticia!

Todos prestaron atención y Tich siguió diciéndoles:

—Esta noche la Asociación de Damas repartirá comida cerca de aquí. Creo que dan un enorme emparedado, una taza de té y un cigarrillo. Pero recordad que tenéis que ir temprano.

Y, dirigiéndose especialmente a Pedro y a su amigo, con quienes había tomado gran confianza, les dijo:

—Ya lo sabéis.

—Gracias, Tich — respondió Pedro—. No faltaremos.

—¿Y qué conseguirás con ir allí? —le preguntó Cris.

—Es que quiero verlo todo. Pero uno de nosotros ha de quedarse aquí.

—Me quedaré yo —propuso Cris, que no era muy partidario de ir a recoger aquello como quien pide limosna—. Así charlaré un rato con esta gente. Son unos tipos raros, pero bastante agradables.

—Bueno, pero ten cuidado con lo que hablas.

—Descuida, hombre, y vete tranquilo.

Poco después todos los que se hallaban en el albergue, al oír que llegaban las Damas caritativas, corrieron a hacer cola y a Pedro le tocó al lado de Ben, que le dijo:

—Hola, amiguito... Ya veo que no pierdes el tiempo. Haces bien.

No hay nada como una taza de té, pero lo que más se agradece es la bondad de las damas que nos lo sirven. Su buen corazón nos hace olvidar un poco nuestras penas. ¡Si todas fueran como ellas...! ¡Ellas predicán con el ejemplo! ¡Cuántas enseñanzas podrían sacarse de una taza de té si ella se nos es ofrecida con una sonrisa...

Les había tocado el turno y Pedro, cuando fué a alargar su taza, quedó sorprendido por lo que veía. Ante él estaba Mary, que era una de las señoritas que se dedicaban a aquella obra caritativa. Pero si su sorpresa fué grande, cuál no sería la de Mary al verle vestido de aquella forma. Tan cortada se quedó, que el viejo Ben le dijo:

—¿Se encuentra usted mal, señorita? Tal vez trabaja demasiado.

Mary se repuso de la primera impresión y respondió al viejo:

—No, no es nada. El que no parece sentirse muy bien es su amigo.

—Es que es nuevo aquí y se encuentra extraño.

—No es eso—respondió Pedro, haciendo una señal para que no hablase—. La verdad es que cuando la he visto me ha recordado usted a la hermana de un buen amigo mío. Por cierto que él no la hacía mucho caso.

—Donde hay un hombre—co-

mentó el viejo Ben—, la mujer queda relegada a un segundo término.

—Sí—afirmó Pedro—, pero es porque algunas veces no puede comprender ciertas cosas.

Mary, que comprendió lo que quería decirle, le respondió intencionadamente:

—Tal vez si su amigo hubiera confiado en su hermana ella hubiera podido ayudarle.

—Quizá no le habría comprendido—respondió el viejo, sin comprender nada de todo aquello.

—Lo que yo creo—dijo Pedro—es que mi amigo jamás la comprendió a ella; y creo que a mí me ocurre algo parecido.

Mary quería saber a qué se debía aquel disfraz y, sobre todo, cómo estaba allí Pedro solicitando una taza de té y le dijo a una de sus compañeras:

—Espérame un momento, en seguida vuelvo.

Se fué del puesto y, cuando se encontró sola, esperó a que llegase Pedro, que la siguió con la vista y le preguntó:

—¿Quieres explicarme?

—Gracias por no haberme descubierto—empezó diciéndole Pedro— ¿Estás enamorada conmigo?

—Dependo... ¿Dónde está Cris?

—En casa de Charles.

—¿De Charles? Te refieres al al-

bergue nocturno que hay en esta calle? Ahora comprendo por qué llevas ese traje.

—Sí, nos alojamos aquí.

—¿Y por qué?—preguntó la muchacha sin comprender aquel capricho.

—Pues se trata de una larga historia que quizá a ti te parezca ridícula.

Mary creyó adivinar algo. Creyó que se trataba de una broma de los dos muchachos y le dijo, intranquila por lo que pudieran hacer:

—Escúchame, Pedro. Supongo que no haréis ninguna mala jugada a los que viven con Charles... Todos son buena gente y no os perdonaría nunca que tratarais de divertirlos a costa de esos infelices.

—No, Mary—le aseguró Pedro—

No sería capaz de hacerlo. Algún día te contaré el motivo de nuestra aventura y verás que no te engaño.

—Pero entretanto me tienes intrigada, Pedro... ¿Cuándo me la contarás?

No pudo responderle Pedro, porque la llamaron desde donde estaban las demás compañeras.

—Voy en seguida — les gritó Mary. Y, dirigiéndose a Pedro, se despidió de él, diciéndole: Tengo que marcharme. No olvides que quiero oír esa historia.

—No lo olvidaré—respondió Pedro—. Entretanto, no pienses mal de nosotros, Mary.

—Querías abusuelto—terminó diciéndole Mary, al mismo tiempo que le dirigía una sonrisa que era toda una promesa de amor y que llenó el alma de Pedro de una dicha infinita.

LA FIESTA EN EL MAJESTIC

A la noche siguiente, los dos amigos habían regresado a casa de Henderson para cambiarse de ropa y poder asistir a la fiesta que se celebraba en el Hotel Majestic, donde actuaba, como todas las noches, Sylvia.

A las diez de la noche, tal como había prometido, se hallaba Lincon esperando la llegada de Tintilla. Al poco rato llegó Oily y el abogado lo preguntó:

—¿Has visto a Tintilla?

—Sí —respondió Oily, que era muy conocido en el hotel—, está en aquella esquina. ¿Pero cómo se le ha ocurrido decirle que viniera? Si se fuese de la lengua me caería con todo el equipo.

—No tienes por qué preocuparte—le respondió el abogado.

—Es que hoy en día, toda preocupación es poca.— Y al oír que se acercaban unos pasos, siguió diciéndole—: Aquí está Tintilla. Ahora, síganme sin hacer ruido.

Mientras ellos se dirigían hacia el lugar que les había asignado Oily, en la magnífica sala de fiestas del hotel, Pedro y Mary hablaban y aquél le explicaba el por qué de su presencia en casa de Charles. Mary iba dándose cuenta de todo lo que le decía su amigo y, además, comprendía también la generosidad de alma de éste.

Al fin, Pedro, cuando acabó toda su historia, terminó diciéndole:

—Ya lo sabes, Mary. Tenemos

que salvar a Charles por encima de todo.

—Pues claro que tenéis que hacerlo —respondió la muchacha—. Me parece admirable tu idea y yo quisiera poderos ayudar en algo.

—Perdona; pero eso no es trabajo propio de mujer.

—¿Por qué no?

—Quiero decir que el ambiente no es adecuado para una señorita.

—¿Es que todavía me tenéis por una niña, verdad? —preguntó, disgustada, Mary.

Pedro no quiso seguir la conversación por aquel camino y, cambiando su rumbo, le preguntó:

—Escucha un momento, Mary: ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Cómo sabías que vendríamos? ¿Acaso nos has estado espiando?

—Eso mismo digo yo —exclamó Cris, que se había acercado a ellos y oyó la pregunta de su amigo—. Yo no me fío de Mary. A lo mejor nos ha seguido todos los pasos.

Mary se echó a reír, mirando a su hermano y, al final, le dijo:

—Qué poco discurre, Cris. Yo podría decir lo mismo de vosotros, pero no te alarmes, porque he venido a acompañar a nuestros primos, ya que tú no lo haces.

—De todos modos —insistió Cris— me parece algo extraño. Y te advierto que no me hace ninguna

gracia que me sigas a todas partes... ¿A ti que te parece, Pedro?

—¿A mí? —exclamó, sorprendido por la pregunta, Pedro, que lo ponía entre la espada y la pared—. Pues la verdad... no sé... qué decirte.

—Claro —murmuró Mary—, tú qué vas a decir. En fin, voy a reunirme con los muchachos, y creo que tú, Cris, tampoco deberías hacerlos esperar.

Cris se levantó de mala gana para acompañar a su hermana y se despidió de Pedro, diciéndole:

—Bueno, iré; a la salida nos encontraremos.

—Está bien. El que salga antes esperará.

Se marchó a una mesa, donde había varios amigos suyos, antiguos compañeros de colegio y uno de ellos le dijo al sentarse:

—¿Quién es aquella chica con quien estabas hablando? Podías haberla invitado a nuestra mesa. Me parece que has hecho grandes progresos como conquistador desde que saliste del colegio.

—Yo os diré... Esa chica no es lo que os suponéis, es sencillamente...

Otro de ellos no le dejó terminar y exclamó, interrumpiéndole:

—Es tu hermana, ¿verdad? Ya lo sabemos— todos se echaron a reír y su antiguo compañero siguió di-

ciéndole—: Te advierto que nadie baile con su hermana como tú bailabas con ella... Te la comías con los ojos.

Desde el lugar donde observaba, Lincon había distinguido a los dos jóvenes.

Inmediatamente los reconoció como a los dos amigos que se hospedaban en casa de Charles, pero se abstuvo de decir nada a Tintilla, no fuera a descubrirlo.

En aquel momento, uno de los músicos que componían la orquesta, llamó la atención de la concurrencia, diciéndoles:

—Ahora vamos a presentarles a ustedes el baile «La cubanoca», creación de la popular estrella y amiga nuestra Sylvia Meadows.

Apareció Sylvia tan bella como siempre y la orquesta comenzó a tocar aquel baile original que ella había creado.

Mientras bailaba, Oily, que no sospechaba que Sylvia fuese hija suya, le preguntó maliciosamente:

—¿Te gusta, Tintilla?

Este no le contestó. Se hallaba poseído por una emoción tan grande al ver a su hija que ni siquiera oyó lo que le preguntaba su amigo y fué Lincon el que tuvo que responderle, diciéndole:

—Es un gran admirador de Tersicore.

—No es ese su nombre—respondió Oily, creyendo que se refería a la artista—. Se llama Sylvia... Bueno, yo me voy. Tengo que hacer en el hotel. Volveré cuando haya dado un vistazo por ahí fuera.

Cuando quedaron solos, y como Sylvia ya había terminado el baile, Tintilla cogió por un brazo al abogado y le preguntó:

—¿Verdad que es bonita?

—Ya lo creo que lo es—respondió Lincon.

—¿Has pensado ya la manera de ponerte en contacto con ella?—volvió a preguntar Tintilla.

—Creo que ya he dado con un buen plan—replicó Lincon, pensando en los dos muchachos que acababa de ver dentro del hotel—. Vete tú y espérame en casa de Charles.

Se fué Tintilla y Lincon esperó a que terminara la fiesta. Al cabo de algunas horas comenzaron a salir los invitados y al fin vio a Pedro y a Cris que salían juntos. Cuando menos lo esperaban ellos se les presentó Lincon y les saludó, diciéndoles:

—Buenas noches, caballeros.

—¿Lincon! ¿Usted aquí?—preguntó, extrañado, Pedro.

—Lamento tener que interrumpirles, pero desearía hablar con ustedes.

—Con mucho gusto—respondió Pedro.

—Ya sospeché yo que ustedes no eran lo que representaban en casa de Charles—les siguió diciendo el abogado—, pero no he venido para hablarles de esto... Se trata de un asunto confidencial y si pudiera encontrar un lugar discreto...

—Podríamos ir a mi coche—propuso Pedro—. Allí no nos molestará nadie.

—Es una excelente idea—aceptó Lincoln.

Cuando estuvieron dentro del coche, Pedro le preguntó riendo:

—Buena, ¿cómo nos ha reconocido usted?... ¿Cómo ha logrado localizarnos?

—Ha sido una verdadera casualidad—respondió el abogado—. Estaba mirando por una ventana y los he reconocido en seguida.

—Supongo que le extrañará nuestro proceder—dijo Gris.

—Ese no es asunto de mi incumbencia—replicó el abogado, encogiéndose de hombros—. Si me he atrevido a molestarles es porque creo que ustedes pueden prestar un gran servicio a un amigo mío.

—Con mucho gusto—aceptó Pedro—. ¿Pero díganos qué es lo que tenemos que hacer?

—Voy a decírselo, pero antes me tienen que prometer guardar el secreto.

—Hable usted sin cuidado, Lincoln—le prometió Pedro.

—Pues se trata de uno de los huéspedes de Charles.

Y Lincoln le refirió con todos los detalles la vida de Tintilla, cómo había abandonado a Sylvia y el deseo de aquél de hacer la felicidad de la muchacha.

—Esta es la historia de ese desgraciado—terminó diciendo—. Yo le he hecho firmar un documento que él considera de gran valor, aunque en realidad no tiene más que el de una simple carta. Ahora bien, yo le he asegurado que sería entregado a su hija personalmente para evitar que pueda caer en manos de otra persona. Y esto es precisamente lo que espero de ustedes.

—Pero si no la conocemos—exclamó Pedro.

—¿No asistirán ustedes al partido?—preguntó el abogado.

—Si no hay contratiempo, sí.

—Pues lo más probable es que también asista Sylvia y que esté allí con Gordon.

—Es muy posible—dijo Pedro a su vez.

—Pues no creo que les sea muy difícil encontrar una ocasión para entregarle el documento.

—Haré todo lo que pueda—le prometió Pedro.

El coche se iba acercando a casa

de Pedro y éste le preguntó al abogado:

—Ya estamos llegando a casa. ¿Quiere usted acompañarnos?

—No, gracias—respondió el abo-

gado—. Bajaré aquí y seguiré a pie.

Pedro hizo detener el coche y se despidieron del abogado, volviéndole a prometer que al día siguiente cumpliría su encargo.

LA RESOLUCION DE TINTILLA

AL día siguiente, el campo donde había de celebrarse el partido estaba animadísimo. Pues no solamente se trataba del partido universitario, sino que además tomaría parte el célebre jugador Gordon.

Como había supuesto Lincon, Sylvia no había faltado. Se hallaba sentada al lado de Gordon, mientras que le llegaba el turno a éste para actuar.

Pedro no le quitaba la vista de encima, esperando que se marchara para acercarse a Sylvia y entregarle la carta que su padre, o mejor dicho, que el abogado le había entregado.

Al fin, al cabo de una hora Gordon se fué para cambiarse de ropa y tomar parte en el partido que ha-

bía de celebrarse y Pedro se acercó a ella, diciéndole:

—Tome esta carta.

—¿Para mí?—preguntó la joven, sorprendida.

—Sí—le dijo Pedro—. Es de su padre. Lea lo que en ella dice y deme la contestación.

Sylvia cambió de color al oír aquello. Todo su afán era tener oculto su pasado, o, más bien, el pasado de su padre. Disimuladamente cogió la carta, leyó su contenido y le respondió:

—No creo nada de lo que en ella me dice. No es ésta la única vez que me ha hecho una promesa igual. Dígale que no se preocupe más de mí.

Y, sin querer oír ninguna nueva

explicación, se alejó de Pedro, sin despedirse siquiera de él.

Aquella misma noche los dos amigos regresaron a casa de Charles y pusieron en conocimiento de Lincon el resultado de su misión.

—Esto se pone más feo de lo que yo esperaba—dijo el abogado—. Esperemos a ver qué dice Tintilla cuando vuelva.

Poco se hizo esperar éste, y, cuando Lincon le dió a conocer el resultado de la tentativa y lo que los dos muchachos habían hecho por él, exclamó tristemente:

—Gracias por lo que habéis hecho, muchachos.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó el abogado.

—Me marcharé.

Lincon le dió unos golpecitos en la espalda y le animó, diciéndole:

—No debes preocuparte demasiado, Tintilla. Aunque nuestro primer plan haya fracasado no debemos darnos por vencidos.

—Os agradezco a todos vuestro interés, pero yo tengo un proyecto que pondré en práctica.

—¿Puedo ayudarte?—preguntó el abogado.

—No—contestó Tintilla, déjalo para mí. Si lo llevo a cabo, ya os enteraréis. Y a ustedes, caballeros—se refería a Pedro y a Cris, cuya verdadera personalidad le había descu-

bierto el abogado—, procuraré pagarles de la mejor forma que pueda.

Lincon se le quedó mirando un poco extrañado y le aconsejó:

—Confío en que no harás ningún nuevo disparate.

—No tengas miedo. Espero que esta vez solucionaré definitivamente todos los conflictos... Adiós, señores.

—Hasta luego, Tintilla—respondió el abogado.

Cuando estuvieron solos, Pedro le preguntó:

—¿Piensa usted que se decidirá ir a verla?

—No lo sé—respondió Lincon—. Me ha dejado completamente desconcertado.

—Lo mismo que a mí—dijo Pedro—. Además, estoy algo desorientado desde que sé el contenido del documento que Cartwright le hizo firmar a mi padre.

—A mí lo que me resulta más extraño—dijo Lincon—es que lo haya tenido oculto tanto tiempo. De todos modos lo único cierto es que Charles ha recibido la orden definitiva y ya nos podemos ir preparando para marcharnos.

—¿Esto quiere decir que dentro de quince días Charles habrá desaparecido?—preguntó.

—Sí, ésa es la verdad—replicó el abogado.

—De lo que resulta que tengo menos influencia de lo que yo me habla supuesto.

—Mientras tenga usted a ese hombre de gerente, así es—le confirmó Lincon.

En aquel momento entró un agente de policía y se acercó a Lincon, diciéndole:

—¿Es usted Lincon?

—Sí—respondió el abogado.

—¿Conoce usted a un tal Tintilla?

—Sí... ¿Por qué?

—Ha sufrido un accidente y ha muerto. Le hemos encontrado una carta dirigida a usted.

Lincon cogió la carta y, cuando se fué el agente, le dijo a Pedro:

—Ya sabemos cuál es la resolución que pensaba tomar. ¡Pobre Tintilla! Veamos lo que dice la carta.

La leyó en voz alta para que los amigos le oyeran y comenzó diciendo:

«Si la ves dile que la quería mucho y que no he sabido encontrar otro medio de demostrárselo que desapareciendo para siempre. Y ahora tengo que hacerte una confesión respecto a Charles. Reconozco que soy el único culpable de lo que ocurre y de que Charles tenga que cerrar. Hace poco falsifiqué un documento por encargo de un tal Cartwright. Yo no sabía de qué se trataba,

pero sí sé que la firma que imité fué la de un tal John Henderson. Cuando el otro día vi a Cartwright salir de casa de Charles, empecé a darme cuenta de lo que había hecho.»

—Ahora lo comprendo todo—exclamó Pedro—. ¡Pobre Tintilla!

—Sí—comentó el abogado—. Es cierto que cometió muchos errores, pero quizá podamos reparar algunos de ellos. En la carta dice que quizá podamos obtener pruebas concretas contra Cartwright si logramos hacernos con ciertos documentos que están en su caja de caudales. Ya comprendo que no será esto muy fácil. Pero lo más difícil para mí será comunicar la muerte de Tintilla a Sylvia. Voy ahora mismo a verla. Ya nos veremos, amigos.

Y, sin esperar a más, salió inmediatamente hacia donde actuaba Sylvia Pidió con tanta insistencia el verla que al fin ésta le admitió en su camerino, preguntándole:

—¿Cuál es ese asunto tan importante que tiene usted que decirme?

—Yo era un gran amigo de su padre.

—¿De mi padre?—preguntó ella extrañada—. Dice usted que era...

—Sí... Su padre ha muerto. Quisiera haber podido evitarle esto dolor, pero en su carta me pidió que le hiciera patente su cariño.

Sylvia, sospechando que pudiera ser falso todo aquello, respondió como si no se hubiera enterado de lo que le decía:

—La verdad es que no puedo comprenderlo...

—Pues no tenga la menor duda de que cuanto le digo es verdad. Desgraciadamente es cierto que durante toda su vida fué una amenaza para su felicidad. El, realmente, se daba cuenta de ello...

—¿Y dice usted que ha muerto de un accidente?—preguntó la muchacha.

—Sí; su padre sólo ansiaba que fuera usted feliz.

Sylvia se le quedó mirando fijamente y al fin le preguntó:

—¿Me ha dicho usted que era gran amigo suyo?

—En realidad le había tomado bastante simpatía. Su padre admiraba la actitud tomada por usted con el fin de no perjudicar al hombre de quien está enamorada. Ya sé que eso no era nada fácil, pero ahora está a su alcance el que su sacrificio no haya sido estéril. Yo también sentiría una gran satisfacción si supiera que su último deseo había sido cumplido.

Sylvia no supo qué responder. Estaba tan emocionada que ni siquiera acertó a dar las gracias al abogado cuando éste salió de su camerino y fué nuevamente a casa de Charles para dar cuenta a Pedro y a Cris del resultado de su visita.

TODOS CONTRA CARTWRIGHT

LINCON era un hombre que tenía recurso para todo. Desde que supo que Cartwright poseía en su casa particular documentos comprometedores, se propuso ayudar a Pedro en todo lo que le fuera posible.

Lo primero que había que hacer era descubrir al gerente; pero para ello era preciso hacerse con aquellos documentos. Seguro estaba que Cartwright no los entregaría voluntariamente y pensó en la idea de abrir la caja y apoderarse de los documentos. Para ello ideó un plan que se lo propuso a Pedro y a Cris, quienes lo aceptaron aun cuando resultaba peligrosa su realización.

Y puestos de acuerdos al plan a seguir, una noche llevaron a Tich,

el criado de Charles, a casa de Pedro para vestirlo elegantemente y que no llamara la atención en el hotel donde se hospedaba Cartwright.

Mientras estaban todos disfrutando a Tich llegó Mary y preguntó por Pedro. El pobre Hayward, que no sabía de qué se trataba, le dijo apenado:

—Le aseguro, señorita, que no acierto a saber qué es lo que pasa en esta casa.

—¿Qué es lo que sucede?

—Que no hace más que venir gente extraña preguntando por el señorito.

—Pues voy yo a ver si me entero de algo—dijo Mary. Y se dirigió hacia las habitaciones de Pedro, desde donde creía que podría averiguar de qué se trataba.

Allí estaban Lincon, Tich vestido de etiqueta y los dos amigos. Tich se miraba en el espejo y se reía de él mismo y se decía:

—Veo que es más difícil de lo que parece convertirse en caballero.

—Sí—le dijo Lincon—. Ya empieza a tener más forma humana.

Pedro estaba nervioso y su nerviosidad le hizo preguntar a Lincon:

—¿Usted cree que conseguiremos algo?

—Con Tich? ¡Ya lo creo! Charles me ha dicho que es capaz de sacarle a uno una muela sin que se dé cuenta. Claro está que hace mucho tiempo que no practica su oficio, pero no le será difícil abrir la caja.

Tich, satisfecho de su indumentaria, se acercó a ellos y les dijo:

—Bueno, ya estoy listo. Ahora hagan de mí lo que quieran, y eso que yo me había propuesto no volver a lucir más mis habilidades, pero cuando Charles me lo ha mandado, señal será que no es para nada malo.

—Puedes estar tranquilo, Tich—le respondió Lincon—. Yo no te habría propuesto hacer esto si hubiera existido otro medio, pero no hay más remedio que tomar las cosas tal y como se presentan. Hay que encontrar esos documentos aunque sólo sea por la memoria de Tintilla.

—¿Y no sería mejor que le de-

nunciáramos a la policía?—preguntó Cris.

—¡No!—exclamó Tich, asustado—. ¡Nada de policía! Yo ya no quiero ninguna clase de cuenta con ella.

—Bueno—terminó diciendo Lincon—. Yo iré delante y no olviden que a las ocho hay que estar en el hotel.

Y, en efecto, a las ocho en punto estaban todos en el hotel. Pedro ordenó a Cris:

—Tú tienes que enterarte de si Cartwright está en el hotel.

Un camarero se acercó a la mesa donde estaban sentados y, después de servirles lo que habían pedido, se despidió, diciéndoles:

—¿Algo más, caballeros?

—No, gracias—respondió Pedro.

Tich se echó a reír y exclamó:

—¿Se ha fijado? Me ha llamado caballero. Le he dado el pego.

Cris subió a las habitaciones de Cartwright y poco después bajó diciendo a sus amigos:

—No está en sus habitaciones, pero me he enterado de que llegará pronto. Hay que actuar en seguida.

—Descuide usted, jovencito—exclamó Tich—. El asunto está en buenas manos. Vamos para allá. Y usted, obsérveme a mí. Para que el asunto tenga éxito lo esencial es no

A L B E R G U E N O C T U R N O

precipitarse. En cambio, hay que tener mucha decisión. Si nos tropezamos con alguien que nos estorbe, usted haga lo mismo que yo y no se preocupe.

Poco minutos después llegaron a las habitaciones de Cartwright, en-

traron en ella y descubrieron el sitio donde estaba la caja.

—Cuidado, Tich—le recomendó Pedro.

—El mejor cuidado es tener siempre presente que el que da primero da siempre dos veces.

UNA AYUDA INESPERADA

LO que ninguno sospechó es que Mary les había seguido y, colocada tras ellos cuando estaban en el hall del hotel, había escuchado toda la conversación y se había dado cuenta del peligro que corrían si el gerente entraba en las habitaciones mientras ellos estaban trabajando.

Y casi al mismo tiempo que ellos subían a las habitaciones de Cartwright, vio entrar a éste y decirle al maitre del hotel:

—Oiga, si llama el señor Pettits dígame que estoy esperándole en mis habitaciones.

Se dirigió hacia la escalera, pero Mary salió a su encuentro y lo detuvo, diciéndole:

—Señor Cartwright, ¿puede usted concederme unos minutos?

—Muy pocos—le dijo él—. Usted dirá en que puedo servirle.

—Es algo de suma importancia—le dijo la muchacha—. ¿No habrá lugar más discreto?

—Si quiere usted podemos subir a mis habitaciones.

—No es necesario—respondió ella—. Eso sería abusar de su amabilidad.

Le sonreía de tal forma que Cartwright no supo oponerse y la muchacha siguió diciéndole:

—Si subimos a sus habitaciones, tal vez se descubriría todo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó sonriendo a su vez él, procurando hacerse agradable a ella.

—Ya lo sabrá usted cuando le haya explicado el asunto... Pero no puedo hacerlo en mitad de la sala... ¿No lo cree usted así?

—Tiene usted mucha razón—le respondió el gerente, quien señalándole un sofá que había oculto bajo la escalera, casi inadvertido para todos, le propuso—: ¿Quiere que nos sentemos allí?

Fueron los dos hacia el sitio indicado por el gerente y éste le preguntó:

—Creo que no nos conocíamos antes, ¿verdad?

—No, claro que no—respondió la muchacha, que hacía lo imposible por sostener aquella conversación, mientras que Pedro, Cris y Tich seguían trabajando.

Este último, preparado para abrir la caja, le decía:

—Fíjense, fíjense... Esto es más difícil de lo que parece.

—¿Podrá abrirla?—preguntó Pedro, inquieto.

—Creo que sí, aunque el que construyó esta cajita conocía bien su oficio.

—Pero, ¿usted cree que la abrirá?—preguntó otra vez Pedro.

—Ya le he dicho que soy capaz de abrirlo todo. Pero no me dé mucha prisa.

—Es que no disponemos de mucho tiempo.

—Bueno, pues cálese y no me ponga nervioso.

Siguió trasteando la clave de la caja, para abrirla, y Mary siguió entreteniendo al gerente hasta que le preguntó:

—Pero, en fin, ¿cuál es ese gran misterio que quiere usted descubrirme?

—Pues verá usted. En realidad no es un misterio, es una tragedia.

—Cuénteme lo que le pasa—le dijo el gerente acariciándole una de las manos a la joven.

—Verá usted. Usted no puede imaginarse lo terrible que resulta tener voz y no poder hacer uso de ella.

—Ya lo creo. Una vez tuve laringitis y no me dejaron hablar en cuatro días.

—No, no es eso—exclamó Mary— No me ha comprendido usted. Yo me refiero al canto.

Y, sin esperar a más, se puso a vocalizar, con gran asombro de Carwright, quien la hizo callar, temiendo ser descubierto y hacer el ridículo.

—Cálese, por Dios. Ya estoy convencido de que canta usted. Tiene usted una voz muy agradable.

—Ya ve usted—exclamó tristemente Mary—, Pues así y todo, no me permiten lucirla.

—¿Y qué hacen para impedirlo?
¿Le tapan la boca?

—No señor, pero yo debería cantar en la ópera.

—Pues hágalo usted, y perdone, porque tengo mucha prisa—terminó diciéndole.

—Espere, por favor—insistió ella—. Quiero cantarle...

—Señorita—la interrumpió el gerente—, le aconsejo que se haga visitar por un médico.

—¡No quiere escucharme!...

Y al decirle esto, la picaruela le miraba de un modo tan fascinador que Carwright le dijo animándose:

—Bueno, ya que está aquí puede subir conmigo.

—Es usted muy amable—respondió Mary, aceptando la invitación, pensando que podría llevarlo a otra habitación, de la que servía de despacho y en la que probablemente tendría la caja.

Mientras ellos subían la escalera, Tich había terminado su trabajo y, entregándole los documentos a Pedro, le preguntó:

—Vea si en esto lo que busca.

—Esto es—exclamó Pedro leyendo por encima los documentos.

—Pues todo ha salido a pedir de boca.

Pero cuando ya iban a salir, Pedro se detuvo. Le pareció oír la voz de Mary y exclamó:

—Parece la voz de Mary... La hermana de nuestro amigo.

Prestó nuevamente atención y la oyó decir:

—¡Oh, qué lindo es todo esto!

El gerente la introdujo en otra habitación, contigua a la que se encontraban Pedro y Tich, y la dijo:

—Siéntese aquí, querida.

—Pues verá usted—empezó diciendo de nuevo la muchacha—. Yo quisiera que...

—Una pregunta antes de nada—la interrumpió Carwright—.

¿Cómo ha conocido usted mi nombre?

—¡Oh!—exclamó ella—, todo el mundo le conoce.

El se acercó aún más a ella y le preguntó mimosamente:

—¿No trata usted de adularme?

—Oh, no—exclamó la joven—.

Todos los que empezamos a luchar para conseguir la fortuna y la fama sabemos cuáles son los nombres que circulan en las altas esferas...

Tich, que oía con Pedro la conversación de los dos, le dijo:

—Esa chica es muy lista. Sin duda sabe algo de lo nuestro.

—Sí, ha debido saber algo—respondió Pedro.

—Ahora lo importante es largarnos con los papeles—le aconsejó Tich.

—Yo no me puedo marchar sin antes llevarme a Mary.

—No se preocupe— respondió Tich—. Usted póngase en salvo, que yo me ocupo de ella.

Casi a la fuerza hizo salir a Pedro, y al quedar solo entró en la habitación en la que estaba Mary con el gerente.

La pobre muchacha no sabía ya cómo librarse del asedio de él. Se había levantado para librarse del abrazo que la quería dar, y cuando ya se veía perdida entró Tich. Carwright, al verle, se lanzó sobre él, pero el otro, mucho más astuto, le tiró un jarrón sobre la cabeza y le hizo rodar por el suelo. Cogió de una mano a la joven y le dijo:

—Por aquí, señorita Mary. Abajo está su hermano y el señorito Pedro.

Mary se dejó guiar por él y segundos después Pedro le estrechaba amorosamente las manos, diciéndole:

—Mary, no sé cómo poderte agradecer lo que has hecho por mí...

—Bah—respondió ella—. Lo he hecho por Charles.

Al día siguiente, Pedro tenía que asistir al Consejo de Administración y algunas horas antes le preguntaba Lincon:

—¿Se siente más animado?

—Sí—respondió Pedro—. Hoy quedará zanjado el asunto Charles.

Y aquella noche Lincon reunía a todos los que se hospedaban en casa de Charles y les decía:

—Os voy a leer una carta que he recibido y que dice:

«Mi querido Lincon. Le ruego que comunique a todos que Charles no desaparecerá. Durante el periodo de su reconstrucción, les buscaremos otro alojamiento y cuando esté terminado el nuevo edificio será destinado a los mismos fines. Tendrán todas las comodidades de que ahora carecen, pero conservará el mismo carácter. Sin cambio de ninguna clase.

Soy muy feliz con el amor de Mary y quiero que todos sean felices también. Un abrazo de Pedro.»

La alegría fue inmensa entre todos. Y Lincon, sintiendo que las lágrimas le humedecían los ojos, se acercó a Charles y le dijo:

—¿Ves como todas las buenas obras tienen su recompensa? La tuya también la ha tenido, Charles... Nunca más tendrás que temer de nadie, mientras sigas el camino de honradez que te has trazado...

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la fluta	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá en casa	Lil Dagover
Maria Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Yulita de Arsenio Lupin	Warren William
Foga de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Cino Cervi
El mundo a sus pies	Lilly Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bonnet
La mujer sin alma	C. Grant
El domo verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darrieux
Detective y compañera	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensoras del crimen	Fred Astaire
Aventura Pompador	Richard Dix
El poder invisible	Richard Dix
Melodía rosa	Kate de Naji
Titanes del mar	Boris Karloff
Cupido sin máscara	Willy Birgel
Maria Inna	Victor McLaglen
Posada Jamaica	Ann Sothern
El caso Vere	Paula Wessely
Pygmalion	Charles Laughton
Quimera de Hollywood	Olive Brook
Los tres vagabundos	Leslie Howard
	Jean Fontaine
	Heinz Rühmen

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Valázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bobomios	Emilia Allaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rosa	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápteme usted	Niño Marchana
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Gámez
	R. de Sentmenat

Tierra y cielo	Maruchí Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un bul?	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tu cambiarás de vida	M. Rodgrave
Carmen, la de Telara	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Berthon
Molinos de viento	Pedro Terol
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Carv Grant
Vacaciones jueves Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramón Parede
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Los dos pillatos	Jacques Tavitel

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Montón
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto	Leslie Howard

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Melvyn Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

PRECIOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NISA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)

JUANITO VALDEHERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENGO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAINE PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
B. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT

CONCHITA PIQUER
TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS

Pedidos a



Boerlinda 107

BARCELONA

¿Qué le dijo?...

EL EXITO DEL DIA

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—“Voy sangrando lentamente”

» 2.—El elefante y la pulga

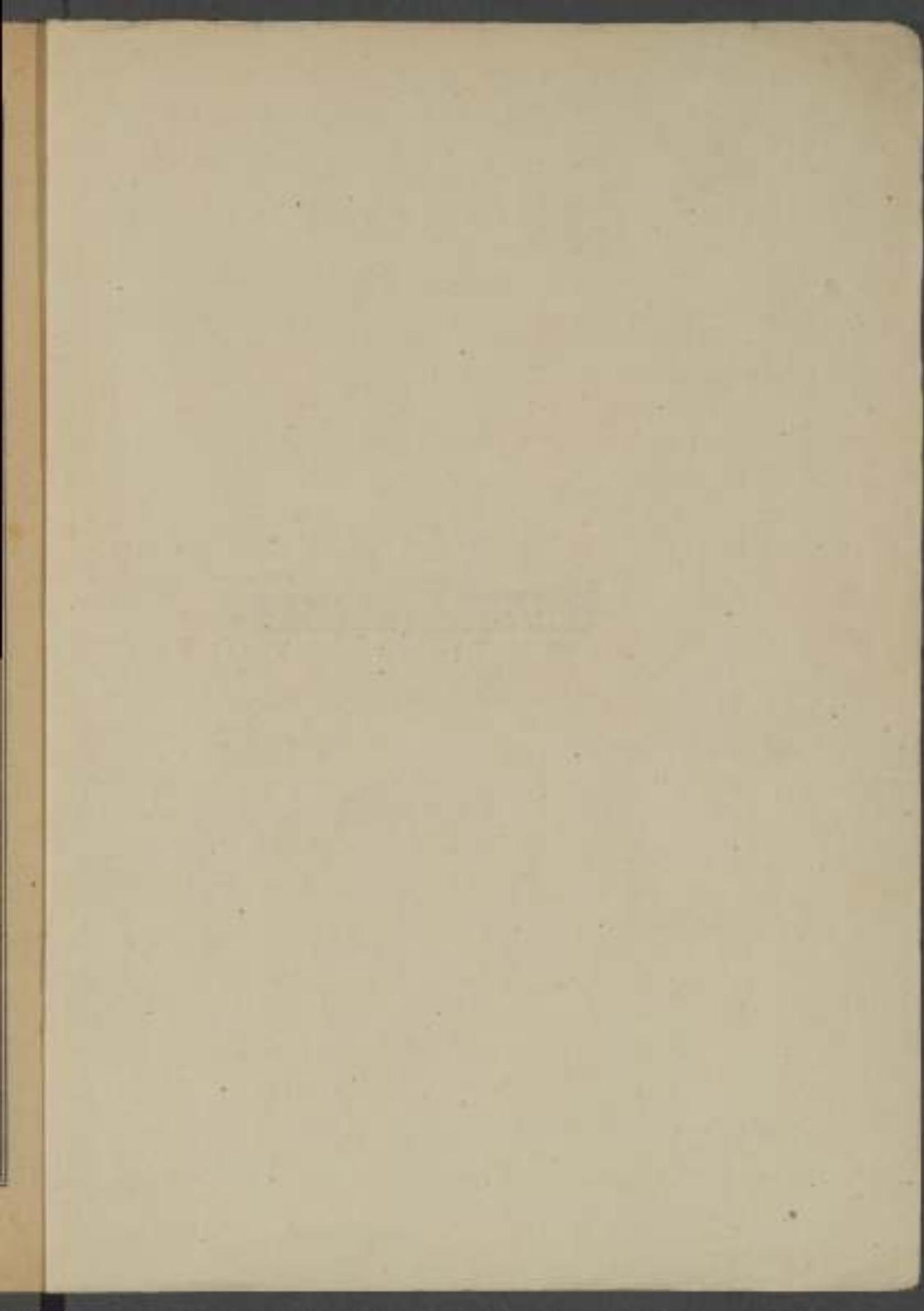
» 3.—Dedicado a los populares clowns
musicales HERMANOS CAPE

» 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?

Precio

1'50 ptas.

PEDIDOS A
EDITORIAL “ALAS”
APARTADO 707 - BARCELONA



Editorial  *Los Angeles Times*

2⁵⁰ Ptas.

PRINTED AND PUBLISHED BY THE LOS ANGELES TIMES COMPANY